

Marqués de Valle-Alegre, “Revista general”, 15/11/1871: 546.

Las dos sociedades de autores dramáticos y de literatos han abierto una suscripción nacional para elevar un monumento al fecundo novelista, al narrador maravilloso “que ha divertido, apasionado, instruido a las generaciones que se han sucedido desde 1830 hasta el día. Si cada uno de sus admiradores llevase su óbolo a la suscripción, podría fundirse en oro la estatua del Ilustre Dumas”.

Las frases que hemos entrecomado pertenecen al aviso que varios periodistas y poetas dramáticos han dirigido al público al abrir con semejante objeto la suscripción mencionada.

Además, el ayuntamiento de París va a dar el nombre del autor de *Los tres mosqueteros* y de *El conde de Montecristo* a una de las principales calles de aquella capital

1-Fernández Bremón, “Crónica general”, 30/05/1876: 346.

2- Fernández Bremón, “Crónica general”, 30/11/1883: 306.

1. Sabido es que el Corán prohíbe a los creyentes el uso del vino, a no ser como medicina. Cuenta Alejandro Dumas que en Astrakan, donde una gran parte de la población es musulmana, los taberneros ponen en sus tiendas esta muestra: *Farmacia*
2. Cuando se inauguró la estatua de Alejandro Dumas, un joven, que había logrado abrirse paso entre la muchedumbre, fue detenido por un agente de la autoridad, al querer introducirse en el recinto destinado á las comisiones oficiales.
  - ¿Trae V. papeleta? — le preguntó el guardia.
  - Vengo por derecho propio.
  - ¿Pertenece V. a alguna comisión?
  - No, señor; soy sobrino de la estatua.

Luis Alfonso, “Revista general”, 8/12/1874: 706

El teatro Francés, esto es, el *clásico coliseo*, como aquí decimos del Español, ha admitido por fin el repertorio de Alejandro Dumas (hijo) representando el *Demi-monde*, la, comedia más característica del género expresado, en lo cual dicho teatro ha hecho —y perdóneseme la metáfora— como las mujeres gazmoñas, que después de manifestar escrúpulos sin cuento y de hacer grandes ascos a los hombres, vienen a caer en el más desordenado y más perdido.

Bien sé que la anterior noticia no es nueva, pero hela consignado para completarla, agregando que en estos días se verificará la entrada del autor del *Demi-monde* en la Academia, lo que celebro sinceramente, porque Alejandro Dumas es un hombre de verdadero talento, porque ya que no alcanzó tal honra el padre, lo que parecía natural, la haya alcanzado el hijo, aunque no parezca tan natural, y porque de hoy más, *La Dama de las Camelias* será una obra que —como diríamos por acá,— limpia, fija y da esplendor .

Marqués de Valle-Alegre, “Revista general”, 16/02/1872: 98-99

El teatro del Príncipe ha sufrido un nuevo fracaso con la traducción de la *Princesa Georges*, de A. Dumas [ilegible] según parece por su mismo empresario y por su director de escena D. Luis Mariano de Larra, ha tenido un [ilegible] muy infeliz.

¿Cómo dos escritores de experiencia y de talento pudieron creer que la obra que en París no ha logrado buena acogida, tendría entre nosotros mejor suerte? Fiados sin duda en el trabajo de reducción que en ella practicaron; fiados en que haciendo desaparecer algunos personajes, atenuando ciertos detalles, omitiendo algunas escenas, la despojarían de su pecado original: -el de una repugnante inmoralidad. Así y todo, todavía queda la suficiente en el drama para que al público le parezca odioso, y para que resulte pálido y frío con las supresiones y modificaciones hechas.

Tres noches ha vivido *El calvario de la vida*, y el público ha dado una prueba de buen gusto no asistiendo a sus representaciones y recibéndole con la más absoluta indiferencia.

## Luis Alfonso, “Revista general”, 22/02/1875: 114.

- Sin ir más lejos puede mentarse la facilidad con que el *Teatro Francés* ha tragado *Le Demi monde* y la Academia francesa al autor del *Demi monde*.

Y no es esto negar los derechos que puede aducir en su abono Alejandro Dumas para sentarse en el sillón académico o pisar el escenario del teatro nacional; solamente, y en mi humilde opinión, merece el calificativo —vulgar y prosaico en demasía, lo confieso— de tener anchas-tragaderas la corporación que admite en su seno al escritor convicto y confeso de que sus obras dramáticas no se escriben para jóvenes recatadas e inocentes, y la empresa que da a la escena una producción que no se hace sino pintar las aventuras y desventuras de las que se han llamado hetairas por los griegos, cortesanas por los españoles, y *lorettes* por los franceses. (...)

*Genoveva de Brabante*, aquélla bufa opereta que sustenta sobre la impiedad, la deshonestidad y la grosería, sus chistes y sus atractivos, ha reaparecido en el teatro de la *Gaité* con gran esplendor y belleza en su aparato, —trajes dibujados por Stop y Grevin, once caballos, un elefante, una cierva, un perro, quinientas personas en escena— sazónada admirablemente por la música de Hoffenbach quien dirige y dispone el espectáculo.

Como las malas acciones suelen llevar en sí mismas el castigo, ved aquí cómo lo lleva también, aunque indirectamente, esa literatura desvergonzada y corruptora. El público acudirá por los vestidos, los telones, los animales, los escotes, la música, y, en último lugar, por la fábula dramática.

En último lugar, esto es, en el que merece. (...)

En Madrid hemos procurado con especial solicitud aclimatar las desvergüenzas bufas, pero ni siquiera hemos tratado de trasplantar las diversiones instructivas. Creyérase que no leemos de Francia más que las crudezas de Rabelais y Pigault-Lebrun y no las agudezas de Molière y Beaumarchais, que sólo gustamos de las especias, los picantes y los estímulos de su cocina y no las ingeniosas y elegantes leyes de la mesa que dictó el aristocrático gastrónomo Brillat-Savarin .

## Fernández Bremón, “Crónica general”, 30/07/1883: 50.

- Alejandro Dumas ha salido a la defensa del proyecto de ley presentado por M. Rivet en el Congreso de Francia, pidiendo que se declare lícita la investigación de la paternidad, y que se condene al padre reconocido á pagar una indemnización cuando se niegue a casarse con la madre.

Pero Dumas hijo cree ineficaz esa ley si no se la completa estableciendo, para los solteros, la obligación de dar su apellido a los hijos, y procurarles medios de subsistencia, según su posición, no pudiendo la suma ser menor de un franco diario; quiere que los casados culpables y que no pueden dar su apellido, ó los pobres imposibilitados de indemnizar, sean reducidos á prisión, cuyo mínimo sea de dos años, y pretende asimismo que se castigue a la mujer cuando acuse a un hombre con objeto de especulación o escándalo, y se condene a muerte a las madres que causan la muerte de sus hijos.

Como cada país tiene el derecho de darse las leyes que le convengan, no discutiremos la opinión del célebre escritor; pero nos parece que da en estas cuestiones delicadas una importancia excesiva al dinero, suponiendo que el daño queda reparado con la indemnización pecuniaria, y deja en mala situación a las mujeres casadas cuyo marido comete una falta, reduciendo a éste a prisión, de lo cual resultaría que en vez de ser una sola mujer la perjudicada, serían dos. La seducción, es verdad, no estaría al alcance de todo el mundo, pero constituiría un privilegio de las gentes acomodadas.

Que hay un mal social, es evidente; pero nos parece que Alejandro Dumas no ha encontrado el remedio.

## Fernández Bremon, “Crónica general”, 15/03/1877: 170.

Los republicanos franceses están encolerizados contra Víctor Hugo.

Se trataba de elegir un senador, estando la discusión casi empatada entre Mr. Dupuy de Lome, bonapartista, y Mr. Alfredo André, republicano: los senadores de la derecha habían hecho levantar de la cama a uno de sus amigos para que votase; en cambio los de la izquierda esperaban a Víctor Hugo, cuyo voto había de impedir el triunfo de los adversarios. La votación empezó y el poeta no llegaba.

Está acabando una balada, decían sus amigos, y solo le falta un consonante: ya debe estar entrando en el Senado.

Pero la votación adelantaba, y Víctor Hugo no aparecía por las puertas. Había una ansiedad extraordinaria.

Se pregunto, en fin, si faltaba votar a algún senador.

“¡Víctor Hugo! ¡Víctor Hugo!”, decían los de la izquierda como evocándole: pero el escritor continuaba ausente, y sus amigos, desesperados, creían que le habría ocurrido algún accidente y acaso una desgracia.

El presidente no tuvo más remedio que proceder al escrutinio, declarando cerrada la votación, y un instante después se presentó Víctor Hugo en el salón, con aire solemne y sosegado. Sus amigos, que habían perdido la votación por su tardanza, le recibieron con un clamoreo de protestas: la derecha le aplaudió; los periódicos republicanos niegan a los poetas condiciones de hombres políticos, acusándoles de sacrificar su partido a una frase, a una figura retórica o a un simple consonante.

Fernández Bremón, “Crónica general”, 8/07/1880: 2.

La voz del perdón siempre es hermosa, aunque no sea siempre justa. En el siglo de las tempestades políticas y de las luchas civiles hay que ser algo tolerantes con la ceguedad de la pasión, cuando se la excita de tantos modos admitidos y corrientes. Pero Víctor Hugo es un poeta, no es un legislador. Su argumento en favor de los comunistas enternece, y no puede admitirse sin embargo. Las madres y los hijos, extendiendo las manos y pidiendo misericordia, son dignos de lástima, pero no convencen de la legitimidad de sus ruegos. Todos los criminales tienen familia, y habría que desocupar todos los presidios y cárceles del mundo.

Y tal se van confundiendo las ideas, que con el tiempo puede tener más cuenta ser un bribón que un hombre honrado.



Fernández Bremón, “Crónica general”, 15/03/1876: 178.

Un gran poeta y un sabio ilustre, septuagenario aquel, octogenario este, se han constituido en defensores de las turbas incendiarias; los decanos de la poesía y de la ciencia, abandonando la alta esfera intelectual, en que han merecido el asombro y el respeto de su siglo, descienden al terreno más bajo de las luchas políticas, y abogan por esos elementos de barbarie que desde el fondo de la sociedad salen, en los días de conflicto, a desahogar entre el tumulto las pasiones más innobles. Los que asesinaron a virtuosos sacerdotes, los que entregaron a las llamas monumentos históricos, los que perseguían a tiros al heroico bombero que cumplía con su deber salvando familias y conteniendo los progresos del incendio (...) deberían dedicarse a asuntos más dignos de la civilización y de la cultura.

Fernández Bremón, “Crónica general”, 8/07/1880: 2.

Los jesuitas, expulsados de sus celdas, en vano invocan su condición de ciudadanos de un Estado liberal para no ser arrojados de su domicilio, de donde salen obligados por la policía, mientras resuena en las calles el grito subversivo de ¡viva la libertad!, condenación de una política que no tendría inconveniente en adoptar el Zar de Rusia si sospechase de la Compañía de Jesús, y como sucede al Gobierno francés, no tuviese pruebas para llevarlos a los tribunales. Es la lucha de la incredulidad contra la fe.

Tiene razón Víctor Hugo: “Siempre los vencedores juzgando á los vencidos”. Su sentencia tiene en esta ocasión una grave variante: los vencedores condenando a los vencidos sin oírles.

Fernández Bremón, “Crónica general”, 15/03/1877: 202.

Víctor Hugo profetiza esa unión universal para el siglo XX, al que ha bautizado con el nombre de siglo de la Paz, en una conferencia dada a beneficio de los obreros de Lyon. Por cierto que, en opinión del gran poeta, no estallará la guerra de Oriente, por impedirlo la Exposición Universal de 1878, que es, a su juicio, “un tratado de paz firmado por todas las naciones”, o “la guerra derrotada por la paz”, o “una reconciliación con París, de que tiene necesidad el universo”. Víctor Hugo se ha olvidado de que Alemania no ha suscrito la obligación, pues no acude a la Exposición Universal; y que si Alemania necesitase de París, se hubiera quedado con él en la última campaña.

Marqués de Valle-Alegre, “Revista general”, 1/06/1872: 323.

La proverbial avaricia de Víctor Hugo sirve de objeto a una de sus más graciosas burlas.

*Ruy Blas*, el famoso drama del poeta de las *Orientales* va a alcanzar su centésima representación en el teatro del Odeón y es costumbre en París que el autor de la obra que llega a semejante número —fabuloso entre nosotros y bastante frecuente allí— obsequie a los actores que la ejecutan con un espléndido banquete y con regalos más o menos ricos. Así el cronista del *Gaulois* supone que Víctor Hugo enviará a Mlle Sara Bernhardt una elegante victoria con un magnífico caballo *pur sang*; a M. Geffroy dos cuadros de Paul Potter y de Mieris; a Melingue una soberbia estatua de mármol; a Berton una vajilla de porcelana de Sevres, etc., etc. En fin, Alberic Second —el cronista citado—, termina diciendo que Víctor Hugo invertirá el producto de sus derechos de autor —muy considerables en cien representaciones—, en volver a levantar la columna Vendoma, que cantó tan admirablemente— en otro tiempo.

En cambio, Victoriano Sardou, autor de *Ragabás* (Gambetta), que lleva a estas horas 130 representaciones en el coliseo del *Vaudeville*, ha regalado a la actriz Mlle Antonina, la cual desempeña el principal papel en aquella célebre comedia, nada menos que una casa de campo.

## Fernández Bremón, “Crónica general”, 8/03/1881: 138.

- Con dos grandes festejos terminó el mes de febrero, y todos los periódicos del mundo han hecho, y continúan haciendo, descripciones de las ceremonias con que celebraron Berlín y París, aquél la boda del príncipe Guillermo y la princesa Augusta, y éste el octogésimo aniversario del nacimiento de Víctor Hugo (...)

La fiesta de Víctor Hugo tiene un sello original y característico de la época que atravesamos. Es una improvisación, un arranque de entusiasmo popular. No es Víctor Hugo el primer hombre ilustre que ha presenciado en vida la apoteosis de su talento, pero esos triunfos de la inteligencia son muy escasos en la historia. Los pueblos, que tantos aplausos y ovaciones han tributado a los conquistadores y caudillos, a los reyes, a los políticos afortunados y a los que en momentos críticos han representado las ideas en boga, no han sido muy propensos a entusiasmarse ante las obras del arte y de la ciencia.

Francia, que tiene, como nación, grandes defectos, posee también cualidades envidiables y eminentes. La envidia y la indiferencia no tienen fuerza para oponerse a las ideas generosas cuando éstas se lanzan al público, y éste es excelente conductor del entusiasmo, con el cual el pensamiento aislado, que en otras partes nace y muere casi instantáneamente, allí se engrandece y cobra fuerzas con el concurso unánime del país, capaz de grandes empresas, enérgico y activo y lleno de recursos.

No se necesita ser ciego admirador de Víctor Hugo para reconocerle eminentes condiciones de escritor y de poeta. Su teatro, sus novelas, sus poesías, traducidos a todos los idiomas, son populares, no solo en Francia, sino en toda la tierra. Su fantasía y su talento, en continuo ejercicio hace más de sesenta años, parecen un manantial inagotable de ideas. Su estilo, en vez de debilitarse, parece que se endurece y cobra fuerzas con el tiempo: se podrá no estar conforme con la intención o el asunto de sus obras; pero en todas ellas, y ya van siendo innumerables, hay algo o mucho que admirar hasta para el criterio más hostil. Sus enemigos políticos, los que deploran los yerros de su gran entendimiento, los que no juzgan realizables sus sueños ni siguen el oleaje de sus fantasías, le consideran, sin embargo, como un portento de fecundidad poética, y ven en su cerebro una máquina maravillosa de concebir bellezas.

Si el corazón de Víctor Hugo no envejece y hay en la primavera perpetua, su ancianidad le hace también venerable. Cuando no se está conforme con sus últimos poemas o sus actos, nos parecen sus equivocaciones disculpables, y las miramos familiarmente, considerándolas como si fueran singularidades o caprichos de un abuelo.

¡Honor al pueblo que, en vez de pasar con indiferencia por delante de la casa de hombres que, como Víctor Hugo, llegan a los límites que puede alcanzar la inteligencia, se congrega para festejarle y aplaudirle, desfilando en su presencia, como hicieron los habitantes de París el día 27 de febrero!

Los franceses tienen ingenio y delicadeza en sus acciones, y son enemigos de lo rutinario y hecho ya. En cualquier otro país, el gobierno, para honrar a Víctor Hugo, hubiera buscado precedentes en lo hecho en casos análogos, para repetirlo servilmente. El gobierno francés, con un tacto y delicadeza casi femeniles, ideó un obsequio original, expresivo y conmovedor, y para festejar la fiesta del poeta-abuelo, levantó toda clase de castigos impuestos en los colegios dependientes del estado.

No se puede dar un obsequio más fino y conmovedor.

Marqués de Valle-Alegre, “Revista general”, 15/11/1874: 658.

Otro rey de la inteligencia, un artista eminente, es objeto de una prueba de estimación no menos señalada.

Se trata de un arquitecto célebre, de Mr. Carlos Garnier, el constructor del nuevo teatro de la Opera en París, al cual han regalado el día de su santo una magnífica medalla de oro los que han trabajado en las obras de aquel espléndido monumento.

Mr. Garnier, que no esperaba tal agasajo, se conmovió profundamente al recibirlo, y más al oír las palabras con que fue acompañado.

— Está dirigido, dijo el que se lo presentaba, tanto al hombre de bien como al artista ilustre.

Fernández Bremón, “Crónica general”, 22/01/1880: 42.

La muerte del gran orador forense y parlamentario Julio Favre es una pérdida irreparable para la causa de la República francesa, a la que había prestado el concurso de su talento y su palabra durante medio siglo. De todos los méritos que admira esta época de controversia, ninguno tan estimado y recompensado moralmente como el de la elocuencia; hay siglos cuyos oradores no dejan apenas rastro en la memoria de sus contemporáneos: ¡cuántos Cicerones sin fama habrán alzado su voz, extinguiéndose el efecto de sus magníficas oraciones al perderse los últimos ecos de su palabra en las bóvedas de templos ya ruinosos! Feliz el orador á quien correspondió nacer en el siglo XIX: la taquigrafía recoge esos ecos y la imprenta los multiplica y perpetúa: sólo le falta que, perfeccionándose el fonógrafo, transmita á la posteridad el acento, la entonación, la energía y el calor de la palabra (...)

De lo que nadie duda, estando conformes todos sus biógrafos, es de la superioridad de su talento, de la fuerza de su dialéctica, y de su gran altura como orador y hombre político. Su reputación universal hace de la noticia de su muerte el hecho más notable de cuantos la crónica registra en estos días.

Fernández Bremón, “Crónica general”, 15/04/1882: 234.

Sarah Bernhardt en Madrid. Ya nos había visitado antes; pero no era todavía una celebridad artística fuera de su patria. Ha venido, como viaja hace tiempo la gran actriz francesa, precedida de un clamoreo en los periódicos. Tiene tres reputaciones: una, por su mérito de artista; otra, por la excentricidad de su carácter, y otra que el epigrama ha creado a su delgado cuerpo, con exageraciones y equívocos graciosos. Los franceses son maestros en el difícil arte de aludir a los defectos físicos ajenos sin incurrir en brutalidad y grosería.

Sarah Bernhardt, como actriz, está juzgada hace tiempo por el público más capaz de hacerlo, el de su patria, que conoce y saborea, a más de la variada expresión de los afectos y la elegancia de la acción, toda la delicadeza de dicción que pierde el público extranjero. Es una de las grandes actrices europeas.

En cuanto a la excentricidad, nota dominante de su carácter, tiene su disculpa en el genio novelesco de la nación vecina, que se encariña con sus ídolos y procura aumentar su prestigio por medio de la leyenda. Y una vez creada, ¿qué mujer de imaginación no se deja llevar dulcemente de ese encanto?



Fernández Bremón, “Crónica general”, 22/02/1878: 122.

- Los periódicos han indicado como probables dos candidaturas, sin hacer comentarios adversos ni favorables; es decir, ni como eco siquiera de la opinión predominante en los círculos de la inteligencia, ha manifestado interés en la elección. Extraño contraste el de esta indiferencia y el calor de los debates con que en Francia y Alemania se depura la importancia literaria de los candidatos a un sillón académico, convirtiéndose la provisión de las vacantes en una cuestión trascendental, que conmueve los ánimos y da gran valor a la victoria. En los países donde se llega a la Academia después de una discusión tan pública, tan elevada y tan reñida, solo pueden aspirar a ese honor los hombres eminentes: al mismo tiempo, las corporaciones que se renuevan por ese procedimiento aumentan su autoridad y su prestigio, constituyendo centros unánimemente respetados, cuya prosperidad a todos interesa, considerándola parte integrante de la cultura nacional.

Íbamos a preguntar si están en ese mismo caso nuestras Academias, pero el ejemplo reciente que hemos citado nos contesta: “Hay una vacante de académico, y nadie se ocupa de ello, como si nada significase la elección”.

Fernández Bremón, “Crónica general”, 22/01/1881: 42.

Cada vez nos parece más exacto y humano el célebre cuento de Alfonso Karr, que repetiremos por si algún lector no le conoce:

Dos revolucionarios franceses naufragaron y fueron a parar a una isla deshabitada. Sin discusión ninguna establecieron el Gobierno popular; y después de muchos debates, uno de ellos fue elegido presidente, y el otro hizo de pueblo. A los pocos días, el que hacía de pueblo se sublevó, acusó al representante del poder, le condenó á muerte, le guillotínó, y cogiendo entre sus manos la cabeza de su ex amigo, se la mostró al pueblo para escarmiento de tiranos, apoderándose del poder: aquel ejemplo restableció la tranquilidad en la isla durante una semana. Pero el revolucionario, descontento de su propio gobierno, levantó barricadas contra sí mismo, se acusó, se condenó á muerte, se cortó la cabeza y se la enseñó después al pueblo.

Esto harán consigo mismos los nuevos demagogos.

## Fernández Bremón, “Crónica general”, 8/02/1882: 82.

La novela de Emilio Zola, *Pot-Bouille*, que ha empezado a publicar *Le Gaulois* en su folletín, ha dado ocasión a un pleito, en que un señor llamado Duverdy pide que el autor de la novela varíe dicho apellido a un personaje de la misma, que tiene además profesión análoga a la del demandante. La verdad es que hasta ahora ha sido lícita y libre para los autores la elección de los nombres, no dándose por ofendido nadie del uso del suyo, aun para los personajes menos nobles, con la circunstancia de que precisamente se ha evitado en las alusiones el citar el apellido de aquel a quien se alude. Se da, a nuestro juicio, demasiada importancia al asunto, creyéndose que el tribunal dictará reglas positivas acerca de él, y nosotros calculamos que se limitará a resolver el caso de M. Duverdy, en vista de la relación que pueda existir entre dicho sujeto y el de la novela; pero no a dictar reglas generales respecto de los apellidos, pues no hay autor que pueda estar seguro, al inventar un nombre, de que no exista en todo su país alguna persona que le lleve. Nosotros sabemos de un periódico que insertó un artículo con cartas humorísticas, firmadas por personajes puramente imaginarios, uno de los cuales era el capitán... Fulano. Pocos días después se presentó en la Redacción para protestar, un capitán del mismo apellido, suponiéndose víctima de un abuso. El director le dio inmediatamente las explicaciones más sinceras, convenciéndole con facilidad de que era una simple coincidencia. ¿Pueden darse reglas acerca de un asunto tan indeterminado? Lo más que puede hacerse es obligar a un autor, cuando el interesado reclama por coincidencias extrañas, a declarar que no existe alusión que se supone.

Hay apellidos que se han hecho poéticos a fuerza de figurar en dramas y novelas. Otros hacen reír por haberse aplicado á personajes cómicos. Es irremediable: lo que hace monsieur Duverdy con su reclamación es dar malicia al asunto que ha sido hasta ahora indiferente.

(Luis Alfonso, “Revista general”, 22/03/1875: 186.

Trata por ejemplo, Offenbach de resucitar en la escena su antigua ópera bufa *Orphée aux enfers*, y apelando al auxilio de pintores, sastres, atrezistas, maquinistas e industriales de toda especie, y empleando enormes sumas, presenta una serie de maravillas escénicas, con pretexto de la bufonada. Y el público recompensa su esmero y le reintegra de sus gastos de tal suerte, que al llegar la CENTÉSIMA representación llega a 811.436 francos lo recaudado.

Ocúrrele a Julio Verne trasportar al teatro una de sus más lindas novelas, *La Vuelta al mundo en ochenta días*: le ocurre a más hacer con el escenario lo que había ya hecho con el libro: entretener y agradar instruyendo, y que el aparato, decoraciones y magia formen una especial y agradabilísima lección de geografía, que tenga más de panorama instructivo y sorprendente, que de convencional conjunto de prodigios la obra, y no reparando en el precio, consigue cumplir su gigantesco propósito. Pero la obra lleva ya camino de llegar a la doscientas representación, y en la ciento veinte y ocho lo recaudado ascendía ya a UN MILLÓN doscientos quince mil francos.

Calcúlese ahora si Julio Verne, cuyas novelas son en todas partes leídas y estimadas, y Offenbach, cuya música ha llegado a ser tan universalmente conocida que acaba de traducirse al turco *La bella Elena*; calcúlese, repito, si les podrá ocurrir meterse a políticos o altos empleados, como a los más afamados escritores de allende los Pirineos. Seguramente que no darán en tan extraña manía, pero razón les sobra a los de acá para alternar el arte y las letras con las elecciones y los decretos, ya que aquellas dan malamente para vivir, y éstos deparan holgura y buen acomodo, cuando no esplendor y fausto.

# Fernández Bremón, “Crónica general”, 22/12/1881: 370.

El triunfo que obtuvo, y que todavía saborea en París, Sardou, con la representación de *Odette*, ha sido amargado por Mario Uchard, autor de otro drama titulado *Fiammina*, estrenado anteriormente, el cual le disputa la originalidad del argumento, y acude a la Comisión de la Sociedad de Escritores, pidiéndoles que diriman este litigio y establezcan los límites de la propiedad literaria, declarando en qué caso se comete abuso, toda vez que en los tratados literarios que ha celebrado Francia, o está para celebrar con otros países, se prohíben las imitaciones y arreglos sin consentimiento del autor primitivo.

El caso es de difícil solución, y dudamos que la Comisión de literatos, llamada a decidir sobre este asunto, pueda dictar reglas positivas acerca de una cuestión tan vaga y tan compleja. No hay, a nuestro juicio, otra manera de no perder el tiempo que nombrar en cada caso un tribunal de personas imparciales y entendidas, que apreciando las circunstancias particulares del hecho, resuelvan si hubo ó no atentado a la propiedad. Y hartos harán, en muchas ocasiones, con dictar una sentencia justa para el caso aislado, sin tratar de meterse en más honduras. Esto es lo que en realidad pretende Mario Uchard, según nuestra opinión, tomando la cuestión por todo lo alto, para interesar mayor número de gentes, en lo que le atañe tan de cerca y es puramente privado.

Cuanto más se acerque la literatura a lo natural, más fácil es la coincidencia, pues es lícito al poeta tomar en el estudio del hombre y de la vida el asunto de sus obras. ¿Inventó Uchard el caso de *Fiammina*, a quien su esposo abandona por adúltera, quedándose con un hijo, que aquél educa, fingiéndole que su madre ha muerto? Esta no es invención, sino un hecho frecuente hoy en Francia y en muchas partes, por desgracia. Llega el momento en que el hijo va a tomar estado, y es necesaria la intervención de la mujer. Una entrevista de madre e hijo, y el sacrificio de la madre. ¡Qué poco habrá tenido que añadir el autor en este esqueleto a los que la Naturaleza ofrece al observador mirando a la sociedad francesa! Lo que hizo, y en eso está su creación, fue sostener el interés, presentándolo con arquitectura teatral; desarrollar los caracteres, crear el diálogo, dar a cada pasión sus movimientos propios, buscar frases de efecto, y derramar sobre aquel fondo su sentimiento y fantasía, dando intención al conjunto.

¿Y no ha podido Sardou ver en la sociedad el mismo ejemplo vivo, y crear sobre ese drama, hecho por el mundo, otro verdaderamente suyo? ¿Acaso, aun en la literatura más imaginativa, no hay grandes y continuos reflejos de la realidad? ¿Pudo Shakespeare tomar de la leyenda de Hamlet su admirable tragedia, que nadie disputa al gran autor inglés? ¿Sabe Mario Uchard si se le recordará algún día, quizás únicamente por haber tratado con anterioridad un asunto desarrollado magistralmente por Sardou? Bueno es que se respete el trabajo ajeno; pero también es conveniente que no se abuse del derecho de prioridad en lo trivial y dado a semejanzas, pues, en último caso, todos tomamos involuntariamente de los otros, sin darnos cuenta, procedimientos, maneras de contar, tipos, situaciones, recursos, pues las gentes no nos entenderían siquiera si no repitiéramos sus frases hechas, ni convienen con nosotros sino cuando somos el eco de sus propios pensamientos. Todo lo que es lógico y humano es expuestísimo a tener precedentes literarios.

Ello es que el autor, cuando se le ocurre un asunto, tiene que empezar por decirse a sí propio: ¿Será una reminiscencia? Y raras veces puede contestarse negativamente con seguridad. Pero, si acalla estos escrúpulos, ¿puede vanagloriarse de conocer toda la literatura, no extranjera, sino la que le circunda, hoy, en que tanto se escribe? El asunto de las coincidencias está poco estudiado. Las hay tan extraordinarias, que no podrían creerse. El de las asimilaciones involuntarias ofrece fenómenos notables.

Leímos hace muchos años una poesía a otro escritor amigo nuestro: algunos meses después, leyéndonos él otra, al concluir una redondilla, se detuvo, y nos dijo sorprendido:

—Voy a borrar esto: es una idea de V., dicha casi en las mismas palabras.

— No lo borre V. — repusimos.

— Dirían que la he tomado a propósito.

Y la borró. La repetición había sido insensible, como lo son generalmente, y no la notó hasta que circunstancias mecánicas se lo advirtieron: la idea adquirida por el oído sonó al salir de su boca con la misma inflexión que le dimos al leerla, y aquel sonido y nuestra presencia, combinándose en su cerebro, le recordaron nuestra poesía. El éxito mayor de un escritor es verse repetido y saqueado.

— ¿Cómo aplaudía V. aquella frase? — dijimos una vez a un poeta que asistía a la representación de una comedia ajena.

— ¿No la he de aplaudir? ¡Si es mía! (

Marqués de Valle-Alegre, “Revista general”, 1/07/1872: 386.

El matrimonio del célebre escritor se efectuó (...) en la capilla del palacio de Versalles.

El suegro de Sardou, M. Soulié —el cual no tiene nada que ver con el difunto autor de las *Memorias del diablo*—, muy satisfecho del brillante enlace de su hija, tuvo gran empeño en que se verificase con toda solemnidad.

Para ello, valiéndose de la reputación de Sardou, solicitó y obtuvo el honor de que se celebrara allí; y no contento todavía convidó al presidente de la República—que no pudo asistir—, a tres ministros, a muchos diputados, a los principales autores dramáticos y periodistas, a los empleados en el ministerio de Bellas Artes, que componían una concurrencia inmensa y brillante.—Al único quien no convidó fue a M. Gambetta, cruelmente maltratado en *Rabagás* por Sardou.

Después de la bendición nupcial, los esposos se dirigieron a su casa de campo, donde en la próxima semana darán una magnífica fiesta.

El autor de *Rabagás* es millonario, y no tenía un céntimo cuando quince años ha lanzó al teatro su primera obra *Les pattes de mouche*. — Esto se ve todos los días entre nosotros.

## Marqués de Valle-Alegre, “Revista general”, 30/01/1873: 50.

El Eliseo, donde, por el incendio de las Tullerías, ha debido verificarse la fiesta, era insuficiente, por sus reducidas dimensiones, para el número de 6.000 personas que habían de ser convidadas a ella.

Así, fue preciso que un hábil arquitecto, Mr. Debrossenne, construyese, en el breve espacio de tres semanas, dos grandiosos pabellones de madera y una extensa galería provisional en el jardín, destinada a *buffet*.

Diez y ocho eran, pues, las salas abiertas, y todas deslumbradoras de luces y de ricos adornos.

En la primera, cuyos soberbios tapices de Gobelins se hallaban ocultos en parte por gigantescos canastillos de flores y de plantas exóticas, se veía a la Duquesa de Magenta, y junto a ella a su esposo el mariscal Mac-Mahon, de uniforme.

A la izquierda estaba el hijo de ambos con el traje de colegial de Saint-Cyr: sus charreteras de lana contrastaban singularmente con los bordados de los oficiales superiores, con las cruces y las placas, con los brillantes y demás piedras preciosas que ostentaban las señoras en sus trajes y tocados.

Y permítasenos llamar la atención sobre el ejemplo que da el ilustro Presidente de la república francesa, haciendo que el heredero de su nombre pase por todos los grados de la carrera militar, desde el más ínfimo, cuando en otros países se improvisan los oficiales, y basta para ello ser hijo de un personaje importante, de un ministro o de un capitán general. (...)

Había dos salones de baile, con sus orquestas correspondientes, la una dirigida por el famoso Waldteuffel, la otra por Desgranges, las cuales tocaron sin descanso walses, *quadrilles* o rigodones, y polkas mazurcas. (...)

Entre las maravillas del palacio, citaremos el salón llamado de plata, porque todo, los muebles como los adornos, están hechos con este metal.

La sillería, de plata maciza, es de raso blanco: las puertas tienen molduras de plata; los marcos de los espejos son de plata... —En un rincón de aquel aposento se enseña una verdadera curiosidad: la mesita de palo de rosa sobre la cual firmó Napoleón I su segunda abdicación.

## Marqués de Valle-Alegre, “Revista general”, 15/02/1874: 82-83.

La prensa republicana y parte de la Academia Francesa se oponen a que M. Olivier diga su opinión acerca de M. Thiers en un discurso, porque saben que no tiene de M. Thiers opinión muy favorable. La libertad ha ahogado la voz del escritor en vez de permitirle hablar y refutarle.

Convénganlos en que esa libertad es prima hermana de cualquiera tiranía (Fernández Bremón, “Crónica general”: 8/06/1879, p. 370).

Hay algo que llama la atención de los impresionables parisienses tanto como las cuestiones políticas, y es el proceso incoado contra el Conde de Chambord por los herederos de Naundorff, el supuesto Luis XVII. Mr. Julio Favre, ganoso de dar una nueva estocada a la monarquía, ha aceptado la misión de abogar por los pretendidos descendientes del Rey mártir.

Creemos que los lectores verán con gusto una sucinta relación de la novelesca historia de esta curiosísima causa.

Según la versión fundamental de ella, el Delfín se escapó de la cárcel del Temple á consecuencia de las sustituciones de niños acordadas por Barras, presidente del Directorio, y los convencionales Cambacères, Sieyes, Fouché, Matthieu y Reverchon ; y después de arrostrar toda clase de peligros y de privaciones, fue á establecerse en 1812 en Spandan (Prusia) y más tarde en Brandeburgo.

En 1830 penetró en Francia, esperando que le reconocieran los que le habían visto en la corte; pero sólo obtuvo la adhesión de algunos de sus más ardientes partidarios, bajando al sepulcro el año de 1845 en Delf (Holanda) y siendo inscrito en el registro civil con los nombres de Carlos Luis de Borbón, hijo de Luis XVI y de María Antonieta, que fueron grabados en la losa de su sepulcro.

En 1851 los seis hijos de Naundorf y su viuda citaron ante los tribunales á la Duquesa de Angulema, al Conde de Chambord y á la Duquesa de Parma, pidiendo fuese declarada nula el acta de defunción del Duque de Normandia, Luis XVII, levantada el 2-4 Prairial del año III de la República (12 de Junio de 1705).

La evasión del Temple de Luis XVII, oculto dentro de un ataúd, no fue admitida por los jueces, fundándose en que «la vigilancia se ejercía tan escrupulosamente en dicho edificio, que no era posible la pretendida sustitución, y en que la autopsia del cadáver del Duque de Normandía se hizo con toda publicidad.»

Los demandantes han apelado de esta sentencia, habiendo dejado desierto el juicio el Conde de Chambord.

Lo que aumenta el interés y la curiosidad que el asunto inspira es que habiendo llegado recientemente toda la familia de Naundorf a Paris tienen extraordinaria semejanza con la familia de Borbón.

Amelia de Naundorff es un retrato de María Antonieta, y Adalberto de Naundorff, que sirve en el ejército holandés con el nombre de Adalberto de Borbón, es la vera efigie de Luis XVI.

Enteraremos á los lectores del fallo definitivo del tribunal en tan ruidoso y extraño pleito.



## Fernández Bremón, “Crónica general”, 15/06/1879: 386.

Pocas veces se reúnen en una misma ciudad tantos príncipes, ni tiene la nobleza tradicional representación tan lucida y numerosa; más rara vez aún la simpatía de un pueblo hacia un buen soberano se manifiesta de una manera tan indudable y expresiva.

La población de Berlín se engalanó como para una boda real y verdadera; era aquello, más que una fiesta nacional, una gran fiesta de familia: los retratos y los bustos de los Emperadores adornaban los balcones y las fachadas de las casas, que ostentaban colgaduras lujosas, luces de todas clases y signos de adhesión y regocijo. El pueblo cercaba el Palacio, aclamando a los ancianos: Berlín suspendió toda clase de trabajo para saludar a la espléndida comitiva de los venerables cónyuges en su triunfal paseo y cubrir de flores su camino: era la apoteosis de las virtudes privadas, de la vida doméstica, de la fidelidad y del amor lícito y honrado: cuadro vistoso y deslumbrante en su apariencia externa, tierno y conmovedor en su significación íntima y verdadera.

La familia real festejaba el quincuagésimo aniversario de un vínculo de amor sancionado por el tiempo. La novia, tímida y ruborosa medio siglo antes, era una anciana agobiada por los años: en su primera boda iba conducida por sus padres: en su boda actual marchaba rodeada por sus nietos: el rostro fresco y sonrosado de la juventud se había convertido en un rostro ya marchito, coronado de canas, ese signo de autoridad que coloca Dios en la frente venerable del anciano. A la fiesta de las esperanzas sucedía la de los recuerdos: la primera se celebraba en la ancha entrada del camino de la vida, lleno en sus orillas de jardines: la segunda, en un angosto sendero, sombreado de sauces y cipreses.

Boda alegre y melancólica a la vez: triunfo obtenido sobre el tiempo, que al fin saldrá más adelante vencedor. Costumbre patriarcal y santa, que santifica la casa y da calor al corazón, honrando la virtud más modesta y acaso más difícil y meritoria, para honrar la base de toda sociedad culta y salvaje: la familia.

Esta solemnidad del alma tiene un carácter tan delicado, que no podía menos de producir en el pueblo de Berlín alguna demostración del mismo género. El emperador Guillermo tiene una flor predilecta, el aciano, de hojas anchas y azules: á falta de acianos naturales, los habitantes de Berlín hicieron acopio de esas flores imitadas, para engalanarse el día de la fiesta. La condecoración más estimada en Berlín el día 11 de Junio era el aciano. Era el adorno de las damas y de los jóvenes del pueblo.

(Marqués de Valle-Alegre, “Revista general”, 1/12/1872: 707.

- *Aurora*, traducción de la comedia francesa *Christiane*, hecha por don Ángel Villejo Miranda, nombre más conocido en el Periodismo parisiense que en la literatura española.

En efecto, el señor Miranda escribe o colabora en *Le Gaulois*, *Le Soir*, *L'Événement*, y no sé si algún otro diario de orillas del Sena: es además corresponsal político de *La Époque*; pero hasta ahora no había abordado el teatro.

La versión de la comedia francesa se resiente de esto: hay inexperiencia en el diálogo; hay locuciones poco castizas en el lenguaje; y por último, ciertas escenas hubieran podido aligerarse.

Sin embargo, la comedia ha pasado bien, aunque el empeño no fuese perfecto.

Marqués de Valle-Alegre, “Revista general”, 1/11/1873: 658.

Después del fiasco de *Un viaje de mil demonios*, ha venido el fiasco de *La copa de plata*, reducción de la célebre *Tymbale d'argent*, la opereta bufa de Noriac y Vasseur.

Pero no riñamos a los traductores por lo que han eliminado, sino por lo que han dejado de eliminar.

La pieza no podía, no debía trasplantarse a la escena española. Con su carácter primitivo hubiera sido un escándalo; en su estado actual es una insipidez .

Fernández Bremón, “Crónica general”, 22/07/1881: 34.

Los críticos franceses empiezan a preocuparse del excesivo lujo de la escena parisiense, donde se sacrifica lo principal, es decir, el mérito de las comedias, al esplendor de los trajes, a la riqueza de las decoraciones y de los muebles, y a todos los accesorios teatrales. Quéjense de que no basta el mérito de una actriz para su lucimiento en las tablas, pues necesita una inútil riqueza sólo para presentarse en ellas, como alhajas magníficas y trajes costosísimos, que no pueden adquirirse con los sueldos teatrales, y temen que el vicio descarado arroje al arte por completo de la escena.

No estamos nosotros en el caso de temblar, aunque ya se escriban comedias para tales decoraciones, lo cual equivale a escribir novelas para aprovechar ciertos grabados.

Aprendiendo en el ejemplo de Francia, toleremos la modestia en lo accesorio, y pidamos buenas comedias y compañías excelentes y completas.

Luis Alfonso, “Revista general”, 8/12/1874: 706.

La literatura y la coreografía que allí privaban habrán de volverse por donde vinieron; esto es, habrán de volverse a Francia, a París, inmenso *restaurant* que nos regaló esos manjares que no tienen más condimento que la mostaza y esos licores que no tienen más virtud que el alcohol.

En ese *restaurant*, donde los concurrentes tienen el paladar gastado de tal forma que suelen tragar y aun saborear lo más picante así como lo más insípido, no ha permitido la censura, —como si dijéramos, la comisión encargada de catar los guisos, — que se represente una comedia de Poupart-Davil, titulada: *Les Derniers gentilhommes*, en virtud de cuya prohibición la obra ha ido a estrenarse al teatro del Parque, en Bruselas. En cambio se ha permitido poner en escena otra del mismo autor, de la que aun no conozco sino el título pero es un título que promete: *La Querida legítima*.

Este Poupart-Davil es un hombre cuya vida ofrece aun más interés que sus comedias; fue primero monje de la Trapa, impresor después, y por último autor dramático .

José de Castro y Serrano: “Crónica”, 5/10/1870: 338.

Los primeros y más caros escritores de Europa, decíamos, están hoy al servicio de la pequeña prensa, Víctor Hugo, Carlos Dickens, Edmundo About, Leo Lespes (Timoteo Trimm), Francisco Sarcey, Julio Verne, y otros muchos. (...) ésta suele dar de estipendio a su cronista privilegiado (y el guarismo es ciertísimo) mil duros mensuales, por entretener cada día al lector con la *causerie* de la primera plana. Dickens ha ganado en Inglaterra, hasta su muerte reciente, una suma aún mayor que la que Timoteo Trimm devenga en el *Petit Moniteur*, y devengaba antes en el *Petit Journal* de Francia (...) En España, repetimos, no existe la pequeña prensa.

(Fernández Bremón, “Crónica general”, 30/07/1877: 59

Francia, que sigue con extraordinario interés los anales del crimen y empezaba a aburrirse con la monótona repetición de asesinatos y parricidios cada vez más numerosos, pero sin variedad, ha sentido renacer su afición con el proceso de la viuda Gras, que, sirviéndose como instrumento de un hombre enamorado, hizo quemar la cara con vitriolo y dejar ciego a otro amante, para no separarse jamás de él y servirle de lazarillo eternamente. En rigor el hecho no es nuevo en la historia de los crímenes, pero se separa de lo usual, y esto ha satisfecho a los aficionados.

La tragedia ya no gusta en el teatro, pero esto no significa que la afición a lo trágico haya decaído, sino que el gusto nacional francés exige que las catástrofes, en cuya lectura se recrea, sean positivas. Si la criminalidad no diese abasto a las exigencias de los aficionados a esas mociones, se crearía una industria que podría anunciar de este modo algún periódico: “El crimen de la plaza de Vendôme, cometido expresamente para nuestros suscriptores

Fernández Bremón, “Crónica general”, 8/03/1876: 154-155.

La academia Francesa ha dado título de ciudadanía al periodismo con la elección de Lemoine, según expresión de este: “Los que escriben libros han indultado a los que sólo saben hacer páginas”; los que fabrican con piedra a los que edifican con madera: lo permanente a lo efímero: la palabra que se archiva en las bibliotecas, a la que circula como las ondas sonoras en la atmósfera y se extingue con la rapidez de los sonidos.

El periodismo se ha impuesto a la Academia, digámoslo francamente; su influencia en la unificación de los idiomas está reconocida; en vano los dialectos se resisten a morir: el periódico, hablando a cada nación diariamente y en un solo lenguaje, de lo que a todos interesa, fija hoy su rumbo a los idiomas. Eco de las ideas generales, habla el lenguaje usual de su época: expresa perfectamente las necesidades, interpreta con claridad los sentimientos de la multitud, habla más alto que esta, perturba la gramática, y sus barbarismos de hoy serán reglas mañana. En vano las Academias resisten defendiendo un idioma ideal que los pueblos nunca hablaron: el periodismo invasor tiene ya voz y voto en la Academia.



## Fernández Bremón, “Crónica general”, 30/04/1881: 265.

Su (Girardin) biografía es la de París en los últimos cincuenta años. Su origen es misterioso y novelesco. Tenía padres ilustres, y no tenía padres ni apellido. Nació en 1802, y el acta de su nacimiento le suponía nacido en 1806. Su primer negocio bursátil le arruinó, arrebatándole el mísero caudal con que su padre le había indemnizado del perjuicio de darle la existencia. Escribió una novela titulada *Emilio* al principiar su vida literaria, y quiso, antes de terminarla, ser autor dramático, colaborando con Alejandro dumas (hijo) en *El suplicio de una mujer*; pero no fue feliz en otras dos obras: *La hija del millonario* y *Las dos hermanas*. En su larguísima existencia estuvo a punto de suicidarse; tuvo tres o cuatro desafíos, en alguno de los cuales hubo de dar satisfacción en el terreno a su propio hermano de madre; en otro fue herido, y en el último quitó la vida de un balazo al célebre periodista Armando Carrel; entonces pensó no batirse nunca, y lo cumplió, llevando a los tribunales a un escritor que le abofeteó en el teatro delante de su esposa, delfina Gay, a la cual llamaban los franceses la décima musa, y que nosotros conocemos por madama Girardin.

Fue bolsista, político, negociante, orador, diputado y escritor; sus biógrafos le atribuyen la evolución republicana de Víctor Hugo; en su periódico *La Moda* se dieron a conocer Balzac, Eugenio Sue y Alejandro dumas, padre, hace más de medio siglo; porque Emilio Girardin era, ante todo, y lo ha sido hasta su muerte, un gran periodista.

Empezó su carrera en la prensa fundando un periódico titulado *El ladrón*, por ser robados todos sus artículos, con el pretexto de coleccionar los mejores que se publicaban en Francia; el público se interesó en aquel espolio, y Girardin no tuvo más quebranto que recibir una cuchillada. Pero lo que le hace notable es la revolución periodística que produjo creando los periódicos baratos e introduciendo el sistema de los anuncios colosales para llamar la atención hacia sus publicaciones.

Todo periódico es una especulación lícita cuando no se sacrifican los intereses morales al negocio. Censurable, cuando sólo domina la idea mercantil. Los compatriotas de Girardin le acusan de no haber visto en los franceses sino suscritores, en vez de ver en los suscritores compatriotas; y explican sus continuas mudanzas de opinión, por un refinado escepticismo y una codicia sin límites. Creemos que Girardin no era hombre de profundas convicciones, que acaso no tenía sino impresiones momentáneas, inspiradas por los hechos más recientes. Pero ¿no cambian los pueblos de opinión? Él había visto a su país entusiasmado por las glorias de Napoleón I: le vio acoger con júbilo la restauración, y entregarse después al renacimiento liberal: presencio la popularidad de Luis Felipe y su caída, la proclamación de la república, y vio a Francia próspera y descuidada bajo la soberanía de Napoleón III y tomó parte, como su país, en el restablecimiento de la República. Girardin empezó a ser periodista bajo el reinado de Luis XVIII, y dejó de serlo bajo la soberanía de Gambeta; empezó, como Francia, siendo legitimista, y concluyó siendo republicano. Acúsasele, no de variable, sino de haber sido francés, y sobre todo de haber vivido siendo periodista medio siglo, es decir, escribiendo millones de artículos y dejando consignadas casi diariamente sus impresiones durante tanto tiempo. Y el que escribe más de prisa es el que menos pone de lo suyo en sus escritos.

Si los que no son periodistas guardasen en un diario las ideas que han emitido privadamente y los cambios que se han operado en sus opiniones, verían que el hombre es una serie de contradicciones desde que siente como joven hasta que juzga como anciano.

Girardin no era literato, sino artista del periodismo, cualidades que pocas veces se reúnen; pero que cuando se hallan juntas, producen grandes resultados. Escribía para el momento y sabía producir efectos colosales. No era solo un especulador de esos efectos, pues sus biógrafos aseguran que no consentía en sus periódicos que otro luciese más que él: esto no lo hace el especulador, sino el artista. Era, pues, antes que negociante, un periodista ansioso de las grandes emociones o sorpresas, que es el aplauso de la muchedumbre.

Luis Alfonso, “Revista general”, 8/10/1874: 578.

¡Doloroso es confesarlo y conocerlo! –falto de educación nuestro pueblo y de cultura el país en general, sólo vive y alienta entre nosotros la discordia civil como una serpiente que se enrosca al cuerpo de la patria, y que siempre está robusta porque se nutre de la sangre de su víctima. Y, mientras Francia, tras un período más fatal y calamitoso que el que nosotros atravesamos, ha recobrado muy pronto su antiguo esplendor y su vitalidad antigua, aquí todo lo que atañe al apogeo y bienestar de la patria, como producto de una unión violenta y resultado de una gestación trabajosa y sobresaltada, ó nace muerto ó arrastra una vida enclenque y enfermiza. Vemos, por ejemplo, particularizando el asunto, que en París se celebró no ha mucho una lucida exposición de pinturas, y está ahora con gran predicamento una de la Unión central de Bellas Artes que se celebra en el palacio de los Campos Elíseos. Tres años y medio van trascurridos sin que en Madrid se haya ni pensado en abrir una de cuadros o de estatuas.

Marqués de Valle-Alegre, “Revista general”, 30/10/1874: 578.

La prensa francesa, la inglesa, la alemana, solo se ocupan en nuestros asuntos; ¡pero de qué triste, de qué deplorable manera!

Todos vuelven la vista hacia nosotros; pero no movidos de interés, sino de insultante compasión.

¡Pobre España! —exclaman unos con desdén.

¡Pobre España! —repiten otros con horror.

J. Nombela, “Crónica” ,10/04/1870: 114.

Ha llegado estos días a Madrid un francés, parisiense puro, muy ilustrado, hombre de mundo en la buena acepción de la palabra, y gran admirador de nuestro país (...) este personaje tiene una debilidad: adora las corridas de toros, y casi todos los años viene a Madrid por Pascua (...) tomo por redondel el hemicycleo del Congreso, por espadas, toreros y picadores a los diputados, y por bichos a las cuestiones objetos del debate.

## J. Nombela, “Crónica”, 25/04/1870: 129-130.

Cuando el inolvidable tenor Mario vino a Madrid por la primera vez, creyó que los españoles eran tan sumisos como los franceses.

Salió a cantar y, al verse entre bastidores envuelto por el humo de los cigarros de la asistencia y comparsas, llamó al autor de la compañía.

-Es indispensable que no se fume en el escenario.

-Difícilillo es eso, contestó el *regisseur* que conocía a su gente.

-No importa, lo mando.

-Muchachos, dijo el jefe, no se fuma.

-¿Por qué?

-Porque no quiere el señor Mario.

Esto bastó para que aquella noche y las siguientes fumasen hasta los que más horror tenían al tabaco.

Mario tenía talento, y el talento es siempre un poderoso talismán.

Yo lograré lo que deseo, se dijo, y adquirió un par de cajones de riquísimas brevas.

Por la noche llamó a su cuarto a los fumadores.

-Veo, les dijo, que no pueden ustedes prescindir de fumar... y lo siento, porque van ustedes a arruinarme. Aquí hay habanos: tomen ustedes de ellos, y al menos, el humo será aromático.

-Cá... no señor, dijeron algunos un sí es no es avergonzados.

-Nada, naa, a fumar todo el mundo, añadió el tenor.

Aquella noche no fumó nadie en el teatro, y el artista logró que mientras estaba en escena no se quemase tabaco en el escenario.

J. Nombela, “Crónica”, 25/04/1870: 130.

Hace dos o tres días llegó el cartero a la puerta del editor:

-¿Vive aquí don Víctor Hugo? preguntó.

El dependiente contestó que no, pero el editor, sospechando lo que pasaba, recogió la carta y la abrió.

La carta decía así: “Señor Don Víctor Hugo: Muy señor mío: me gusta mucho la novela que está usted publicando en esa; pero me falta el pliego 12 del tercer tomo, y le ruego a usted que me lo envíe a vuelta de correo. Si hace usted alguna otra *cosilla* como *Los Miserables*, cuénteme por suscriptor y mande a su afectísimo, etc.”

Luis Alfonso, “Revista general”, 22/03/1875: 186.

Si en las remotas regiones del Oriente cuídanse, con celo digno del mayor elogio, de la instrucción primaria, y fundan en su desarrollo legítimas esperanzas, aquí, en el centro de Europa, en París, ocúpanse igualmente de este importantísimo asunto. Hay actualmente en la capital de Francia 147.500 niños en estado de recibir la enseñanza elemental, y las escuelas establecidas pueden contener tan sólo 112.500. Queda, pues, un remanente de 35.000 niños que no pueden gozar de las ventajas que estos establecimientos proporcionan. Blasona Francia con sobrada razón, de ilustrada, para, comprobados estos datos, exactos y recientes, consentir que subsistan en tal forma, y para ello trátase de consagrar a la creación de nuevas escuelas doce millones deducidos del empréstito de la ciudad de París.

Yo quisiera callar los comentarios, hijos de tristísimas comparaciones, que acuden a mi mente, pasan a la mano y se corren con la tinta hasta el corte de la pluma... pero ¿cómo olvidar que en España los maestros han tenido que implorar la caridad pública; que han tenido que mendigar el pan, sustento del cuerpo, ellos que repartían la instrucción, sustento del alma?

Marqués de Valle-Alegre, “Revista general”, 15/12/1874: 722.

Si Madrid fuera París ya habrían resonado a estas horas en Europa los ecos del triunfo obtenido aquí por Verdi.

Decímoslo a propósito de lo que ha sucedido recientemente con el drama de Victoriano Sardou, *El Odio*, estrenado en el coliseo de la *Gaité* de París el 3 del actual.

Sabido es que el periódico londinense *The Times* posee en París un hilo telegráfico especial, para su servicio exclusivo: pues bien, la noche del estreno de dicha obra, los corresponsales de aquel importantísimo diario que asistían a la representación, enviaban a Londres durante los entreactos, noticias detalladas acerca del drama, con la reseña del argumento, el análisis de sus bellezas, la crítica del desempeño por parte de los actores, y en fin, la descripción de la admirable *mise en scène*.

Así, a la mañana siguiente, antes quizás que a orillas del Sena, se publicaba en las del Támesis un artículo de cerca de una columna en el *Times*, dando cuanta exacta y detenida de la composición que la víspera habían aplaudido los parisienses.

He ahí un verdadero *tour de force*, digno de mencionarse en esta revista donde consignamos cuanto ocurre en el mundo de notable ó extraordinario prensa.



## García Cadena, “Revista general”, 8/05/1873: 283.

En nuestra sociedad escéptica y positivista, la poesía, en sus más altas manifestaciones es idealista. Lamartine y Campoamor son poetas de una generación descreída. *La Caída de un Ángel*, como *El Drama Universal* son poemas idealistas, que tienden á h rehabilitación del sentimiento moral, y en los que el poeta hace intervenir lo sobrenatural como supremo resorte de esa redención.

Para Lamartine la humanidad, que declina de su alto origen es el ángel condenado a depurar en la tierra su naturaleza inmortal por la abnegación del sentimiento: el amor de la tierra le purifica por el dolor, y le redime. El mismo pensamiento domina en *El Drama Universal* si bien estos dos poemas difieren en los medios de que se valen sus autores para realizar la idea. El libro que nos sugiere estas breves reflexiones, más complejo en los elementos y más vasto en el plan que el poema de Lamartine, refleja la inquieta vitalidad de toda una época en que la razón quiere romper todos los diques y resolver todos los problemas. Esta lucha de intereses humanos, de la que se desprende un interés superior, una crisis del sentimiento moral, que va á desenlazarse en el mundo de lo infinito, imprime al poema de Campoamor un carácter muy notable de originalidad y de grandeza, y le coloca en el número de aquellas creaciones que tomando el ideal por base de inspiración, viven más allá del movimiento social en que se inspiran. (...) Ni la virilidad de los conceptos, ni la valentía de las imágenes, ni los arranques del corazón, ni los sentimientos briosos y levantados que matizan toda su obra, le impiden vencer animosamente una dificultad que atormentó muchas veces á Schiller y que no todos sabrán apreciar en lo que vale. Campoamor camina siempre entre dos precipicios: el de la prosa de la abstracción y el de la prosa de la vulgaridad; y sin embargo, ni una vez siquiera deja de ser poeta, y poeta elevadísimo.

Luis Alfonso, “Revista general”, 22/11/1874: 674.

Aunque por circunstancias que no es preciso enumerar, el teatro de la plaza de Oriente no puede competir con *La Nueva Opera*, ni el de la plaza del Rey con el de la *Porte Saint Martin*, en ambos se preparan espectáculos que han de atraer sobremanera el público. Nuestro coliseo lírico, ya que no una inauguración para la cual estén tomadas con seis meses de anticipación todas, absolutamente todas las localidades, como sucede en el que se abrirá en breve en París, dispónese a desplegar en su tablado todas las maravillas de aparato escénico que la ópera *Aida* de Verdi necesita, y el teatro del Circo, si bien no puede sufragar los enormísimos gastos con que la *Porte Saint-Martin* ha trasladado á su escenario la ingeniosa y amena novela de Julio Verne, *La vuelta al mundo en ochenta días*, realizando portentos de lujo, de arte y de ilusión escénica, se apresta en cambio a representar (...).

J. Nombela, “Crónica”, 10/05/1870: 146.

Hace sesenta y dos años que los vicios de la corte, la codicia de los validos y la indiferencia del pueblo español inspiraron al gran Napoleón el deseo de uncir la España a su carro de triunfo. Al grito de Independencia, despertó el león dormido y el mísero país que se contentaba con las migajas del festín de la enviciada corte, humilló la soberbia del Capitán del siglo.

Desde entonces la vida de España ha sido una continua lucha: dividida por los partidos, máscara hipócrita de ambiciones bastardas, el odio se ha infiltrado en las inteligencias y en los corazones; y sin embargo, este pueblo, dividido y quebrantado por el combate continuo que sostiene, este pueblo, que ha perdido sus costumbres para adoptar las de la Francia, que es tributaria de la moda francesa, que no se cree bien educada si no posee el idioma de Racine, cuando llega el Dos de Mayo da tregua a sus aficiones transpirenaicas, y unido y compacto por un recuerdo de gloria, deponiendo cada grupo su bandera para cobijarse bajo el pabellón de la patria, acude al “Campo de la Lealtad” (...).

## Fernández Bremon, “Crónica general”, 8/11/1879: 281.

Ahora bien; ¿qué se diría de nosotros si, destinándose los productos a socorrer provincias españolas, en la distribución por Europa de la enorme tirada de 300.000 ejemplares de ese periódico, España, es decir, la más interesada, figurase en mezquina cantidad? (...)

¿Detendrá nuestra inercia el movimiento impulsivo que viene de París? Cada buen éxito de librería conviene a cuantos ejercen la misma profesión, porque aficiona al público y favorece la lectura. No ya en Madrid, en las provincias y distritos más apartados debe circular ese periódico, inspirado en un sentimiento noble hacia nuestros hermanos desgraciados.

Y no pensemos en la magnífica fiesta con que, a la par que nuestros vecinos hacen una buena acción, recrean su ánimo, dan movimiento á las artes, al comercio, a las industrias, y animación y vida á París. Ellos tienen el instinto maravilloso del buen gusto: ellos saben atraer y mantener constantemente esa población rica y flotante, de que tanto provecho reporta su hermosa capital. Lo nuevo y atrevido les da aliento en vez de desanimarlos, y sacan la alegría de la misma tristeza.

Y no hagamos comparaciones con las fiestas que hemos organizado para el mismo objeto, donde se ha repetido el espectáculo de siempre, no por falta de voluntad, de instintos generosos, sino por la resistencia invencible que opone a todo la costumbre.

Y no hablemos de los próximos festejos, de que tanto provecho podría reportar el vecindario si se hubiesen preparado con tiempo y sin ruinosa economía, sino lamentemos la situación de los señores concejales, obligados a hacerlos en veinte días y con escasos elementos.

## Marqués de Valle-Alegre, “Revista general”, 28/02/1875: 130.

Es raro que un país copie de otro alguna de sus costumbres peculiares.

Y, sin embargo, la Francia acaba de tomar una de las nuestras: las representaciones dramáticas por las tardes.

Pero los empresarios de los teatros parisienses han tenido el buen acuerdo de variar la hora de dar comienzo a ellas, estableciendo la de las dos.

La tentativa no data de ayer: hízose ya hace tres años, comenzándose por lecturas, por conferencias literarias, confiadas a escritores distinguidos, como Sarcey, Lapommeraye y otros en el coliseo de la *Gaité*.

Durante el actual invierno, y visto el favorable resultado que la idea ha tenido, se han extendido y propenden a generalizarse tales espectáculos.

Ya los hay todos los domingos, sin contar a la *Gaité*, en los teatros de la *Porte Saint-Martin* y del *Gymnase-Dramatique*: y ahora su forma y su carácter han variado mucho de los primitivos.

Pónese en escena una comedia de Moliere ó Regnard, y después un crítico eminente, o un literato ilustre, hacen por medio de una conferencia el análisis detenido de la obra que se acaba de ejecutar.

En el *Gymnase* se ha resucitado el antiguo repertorio de Scribe, exhumándose dos o tres de sus *vaudevilles* menos conocidos, sin conferencia ni intermedio de ninguna especie; y el éxito ha sido tan satisfactorio que aun durante los días de Carnaval el producto de la entrada excedió de tres mil francos.

Por último, hasta el llamante *Teatro de la Grande Opera* organiza una *matinée* para el Domingo de Pascua, a beneficio del famoso actor Delannoy, que ha perdido todos los ahorros de su larga y afanosa existencia artística, por la quiebra y consiguiente fuga del banquero á quien se los había confiado.

En otras *matinées* celebradas en el coliseo de la *Opera comique* en la primavera de 1874, se oyó por primera vez la célebre *Misa de Réquiem*, de Verdi, que se ha cantado los dos primeros viernes de la actual Cuaresma en nuestro Teatro Real; pero según he hecho notar arriba, todas esas funciones principian en París de una a dos de la tarde.

Los directores de los teatros madrileños no han atendido a las observaciones hechas por *La Época* y otros periódicos para que variasen la hora de dar principio aquí, siendo ellos los que tocarían inmediatamente las ventajas de un cambio de sistema tan útil para todos: empresas, público y espectadores.

Y este es un ejemplo más de la fuerza, del poder de la rutina, por absurda e inconveniente que sea.

*Los carneros de Panurgo* no existen sólo en Francia; y entre nosotros, si bien con distinto nombre, no son menos abundantes.

## Fernández Bremón, “Crónica general”, 22/06/1878: 408.

Los escritores, reunidos también en Congreso internacional en el teatro del Châtelet de París, no tenían interés ni costumbre de guardar tanta reserva. Discutir a puerta cerrada hubiera sido privarse de los aplausos que nadie como ellos tiene el arte de arrancar y necesidad moral de oír. Ocupaba Víctor Hugo el sillón presidencial, hallándose a su derecha el célebre escritor ruso Tourguenev y a su izquierda el ingenioso novelista Edmundo About, que leyó el primer discurso, prólogo para preparar la lectura del que llevaba escrito el autor de *Nuestra señora de París*.

Aquellas dos obras literarias compendian el interés de la sesión: las palabras pronunciadas por Tourguenev, delegado de Rusia; Mauro Macchi, de Italia; Blanchard Jerrold, de Inglaterra; Lowenthal, de Alemania, y Santa Ana, del Brasil, así como la improvisación de Julio Simon, fueron episodios oportunos de escasisimo interés.

Si el discurso de Víctor Hugo fue el más brillante, Mr. About en el suyo se atuvo más a la cuestión: uno y otro de gran mérito literario, pecaron de poca sobriedad en sus tendencias políticas, olvidando que en el Congreso había representantes de todas las ideas, y aprovechando aquel campo neutral para hacer la apología de las suyas, con perjuicio del objeto que el Congreso se propone, y que requiere el concurso de toda clase de escritores y gobiernos. Sobró genio y faltó tacto. La alusión a *Syllabus* era inoportuna, y la imagen tan aplaudida del gran apagador para extinguir la luz del sol, nos pareció una hipérbole demasiado retumbante. En un Congreso internacional en que se había citado a los escritores de todos los países, no fue del mejor gusto colocar a Francia “sobre el horizonte de todos los pueblos” y hacer exclamar a éstos: “Francia existe, luego es de día”. Era decir a los representantes de las demás naciones: “Aquí está la claridad: vosotros vivís en las tinieblas”. SUPERIORIDAD FRANCESA.

Edmundo About concretó el pensamiento del congreso en estas frases. Es preciso formular una ley “para que los escritores extranjeros disfruten en cualquier país las ventajas mismas que los nacionales, es decir, que no se traduzcan, reimprimen o representen sus obras sin su formal consentimiento”. En efecto, si el libro es una propiedad, es un valor; no debe evaporarse al pasar una frontera. “Cada biblioteca es un mundo, no un país”, decía el novelista, para significar que el escritor es cosmopolita, y por lo tanto, su propiedad digna de igual respeto en todas las naciones.

A primera vista el propósito de los escritores franceses parece y es realmente interesado: extender los beneficios de la propiedad literarias a otros países, cuando su literatura está de moda en todas partes, redundando principalmente en su provecho, pero esto no excluye que sus reclamaciones sean justas. Razones de influencia política, la ligereza de su fácil idioma, la situación central de su país, su industria y sus costumbres alegres han hecho de Francia la tertulia del mundo: el éxito de sus libros corresponde más que a sus autores a las condiciones en que se escriben: mientras las insulsas novelas de Enrique Kock se tradujeron a nuestro idioma recién escritas, pasaron muchos años antes de que se publicase en español *El Monje del Císter*, la gran novela de Herculano, y apenas sabemos de referencia que hay en Portugal excelentes novelistas, siendo un pueblo limítrofe: no tenemos comercio literario con Italia, cuya influencia en nuestra literatura fue tan marcada y provechosa, y cuyo idioma tiene extraordinaria analogía con el nuestro: sólo el ingenioso Amicis y el delicado Fariña empiezan á ser conocidos en España. ¿Qué más? El teatro completo de Shakespeare y el de Schiller, y una gran parte de los autores clásicos griegos y latinos, los leemos traducidos al francés. ¡Qué pocos esfuerzos necesita un periodista parisiense para tener nombre europeo! ¡Cuánto sentimiento y poesía se ha de reconocer en Lamas Carvajal, para que sus *Espinas, follas é frores*, escritas en dialecto gallego, tengan opción á las ventajas que se propone conseguir para el escritor el Congreso literario! (Las ventajas) serán en primer lugar para los franceses, pero en principio para la cultura general, reconociendo un derecho legítimo. La traducción de lo malo se contendrá desde el momento en que no se pueda verificar sin pago de derechos, disminuyendo la competencia ruinosa que hacen hoy al escritor patrio los géneros literarios de aprovechamiento común con que inunda a Europa la actividad francesa, y nuestros vecinos, hoy en decadencia intelectual, perderán parte de su influencia literaria. CENTRALIDAD DE LA CULTURA FRANCESA

(...) El discurso de Víctor Hugo, elevándose a las regiones de la poesía, es una obra de arte, pero apenas entra en la cuestión. Es un hermoso ramo de pensamientos, o un cántico en prosa dedicado a las letras. Desde luego nos le hace simpático el lugar preferente que da a España, representada por Cervantes, entre la literatura de los idiomas modernos, después coloca á Italia

con el Dante á la cabeza; luego á Inglaterra, personificada por Shakspeare; a Francia por Voltaire, representación que niega una buena parte de la Francia: allí se detiene Víctor Hugo, sin duda para no cantar las glorias de Alemania

(...) Una sola cuestión práctica expone Víctor Hugo acerca de la propiedad literaria: reconocida ésta, conviene en que también tiene el público derecho a las obras que representan algo que es de todos, civilización y cultura.

¿Cómo resolver el litigio? El poeta propone un término medio, que consiste en autorizar a todo el mundo para que imprima las obras de un autor después de muerto, pagando un tanto por ciento sobre las utilidades, que no pasará del diez, á los herederos. Los inconvenientes del sistema saltan á la vista. ¿Cómo regular esos beneficios, que el especulador tiene interés en disminuir?

¿Cómo cobrarlos cuando la propiedad se fraccione con el tiempo? La prolongación de esa propiedad al plazo de ochenta años después de la muerte del autor armoniza mejor el interés público y el privado en la ley votada por el Congreso español y que duerme en el Senado.

Hasta ahora el Congreso literario ha hecho frases muy bellas: veremos si hace más.

## Fernández Bremón, “Crónica general”, 8/02/1878: 91.

Casi todos los periódicos españoles extrañan y combaten la inexactitud y las ridículas invenciones de muchos corresponsables franceses en sus cartas referentes a las fiestas Reales de Madrid. No todos han incurrido en esas faltas, pero si la generalidad lo ha hecho, no debe extrañarnos; en primer lugar, porque los lectores a quienes desean agradar, tienen formada de España una idea a que no renunciarían sin desencanto: la España de Beaumarchais o de Alejandro Dumas; para la mayoría del público francés las damas españolas llevan aún la navaja en la liga; los grandes de España van en calesa al besamanos, y los individuos del Gobierno llevan la guitarra al Consejo de Ministros; nobles y plebeyos sólo se alimentan de olla podrida, gazpacho y chocolate; los altos funcionarios son abencerrajes con levita y lidian toros hasta en el hemiciclo del Congreso; los agentes de orden público son cuadrilleros y la sociedad escogida de la corte es una mezcla de grandes de España, frailes, picadores y manolas. Don Cánovas del Castillo es el jefe del Estado, y los franceses se le representan con coleta.

Por otra parte, suelen los corresponsables no entender el castellano y estudiar nuestras costumbres en dos días.

¿Hemos de exigirles que rectifiquen en cuarenta y ocho horas, y por gestos, ideas arraigadas, viviendo cerca de la casa de Oñate, que debe recordarles el D. Guritan de Víctor Hugo? Si viviesen en España tanto tiempo como Lesage, entonces aprenderían nuestras costumbres y firmarían nuestros libros; pero no tienen tiempo de oír puntear una vihuela... ni de bailar siquiera un bolero en Capellanes. Y eso que alguno de los corresponsables había aprendido ese baile nacional y a tocar las castañuelas, por si se veía obligado a bailar en las recepciones de Palacio.

De un momento a otro esperamos alguna novela de costumbres españolas, en que el protagonista sea algún literato francés venido a las fiestas reales, del cual se enamore alguna vendedora de *La Correspondencia*, tipo árabe puro, gran aficionada a los franceses por haber visto láminas de la guerra de Crimea, y nieta de algún conde de Castilla, D. Trastamara de Joaquín, señor del Campillo de Manuela. Y serán de ver las cuchilladas que arrostre el héroe, a quien esperaran emboscados junto a una imagen en la Puerta del Sol los hidalgos enamorados de la moza, la cual solo querrá bailar la cachucha ante el francés; este regresará al fin a su patria, huyendo del amor volcánico de aquella africana, que se suicidará con la navaja en un confesonario de la catedral de Madrid, al ver que su amante ha huido de la venta en que se hospedaba, y en la cual fumaban juntos cigarrillos habanos y bebían botellas de *Xerres* amontillado, arrodillándose cada vez que pasaban por la calle las numerosas y devotas procesiones de la villa.

Un fraile absuelve a la moribunda, y luego a la luz de las hachas reconocerá con horror el cuerpo de su hija: entonces el desgraciado padre, para cantar el responso fúnebre, pedirá llorando una bandurria. Un torero emigrado contará al literato esta triste historia, llevándole como recuerdo las sandalias del padre y la liga y la navaja de la niña.

Marqués de Valle-Alegre, “Revista general”, 16/06/1872: 355.

*La Liberté* del día 9 publica el siguiente párrafo, que contiene tantos errores como palabras:

Ayer anunciábamos que la ópera de Verdi *Don Carlos* acababa de ser prohibida en Madrid; pero á consecuencia de las instancias del director del teatro, se permitirá que se ejecute, a condición de que se cambie el título.

«Así los carteles del Oriente (sic) anuncian para el 9 de Junio la primera representación de Don Pedro: la acción se ha trasportado al Perú, y la princesa Isabel se ha convertido en la hija del emperador del Brasil».

¡Los que valen un Perú son los escritores franceses!

(...)

Habremos de contentarnos con *Don Carlos*, que a pesar de los dislates de *La Liberté*, se pondrá en escena próximamente, con un lujo y una magnificencia dignos de la esplendidez proverbial del opulento señor Rivas.



## García Cadena, “Revista general”, 24/01/1873: 50-51.

La ingénita extravagancia del famoso Alejandro Dumas no se ha perdido para el mundo. El célebre novelista ha dejado un hijo que en este punto se propone eclipsar las glorias del autor de sus días. Los memorables despropósitos que el autor de *Los tres Mosqueteros* ha dejado escritos acerca de las costumbres de nuestro país, han despertado en su heredero una noble emulación, y Alejandro Dumas (hijo) se propone en estos momentos ilustrar las páginas de un periódico ilustrado de París, con una serie de observaciones sobre el mismo tema, que se dejan muy atrás á su modelo.

En unos artículos titulados *El Español*, que publica *Le Monde Illustré*, el autor de *La dame aux camelias* consigna, entre otras cosas tan peregrinas como estupendas, que en España la ambición eterna de todo ciudadano se cifra en tener una capa, y que una vez conseguida la posesión de esta prenda, el español no se la quita de los hombros en invierno ni en verano, á no ser durante las horas del día en que el calor canicular la hace insoportable.

Un español desprovisto de este desiderátum es un objeto de compasión, de quien dice todo el mundo: “Povero humbre non tié ne capa”.

Y no se reduce á esto lo que el sagaz viajero ha conseguido adelantar acerca del capeo español. Para Alejandro Dumas todo hombre rico tiene en esta tierra dos capas, una azul con embozos oscuros para asistir a todas las ceremonias, ya sean nupciales ó fúnebres, y otra de color castaño, con embozos de terciopelo encarnado ó violeta, para todo llevar.

Los pobres y los campesinos no tienen nunca capa nueva, excepto el día de su boda. Para esta solemne ocasión se compran una, si han podido juntar treinta duros, y si no los tienen, los roban.

*Voilà comme on écrit l'histoire.*

Consignado este rasgo de costumbres característico de la morena Castilla, el autor, emulando una de las últimas tendencias literarias de su ilustre padre, que, como es sabido, consagró los últimos días de su vida al esplendor del arte culinario, entra de lleno en los misterios del fogón español para explicar extensamente la confección del puchero nacional, único plato de que se compone la comida de pobres y ricos en esta tierra de garbanzos, y describe al pormenor el condimento de cierto guisado con patatas que constituye la cena invariable y eterna de toda casa bien gobernada allende los Pirineos.

Estas recetas culinarias y las cultas observaciones sobre los accidentes de la digestión con que el autor las sazona, tienen tan perfecto sabor Alejandro-Dumesco y trascienden de tal modo á cocina de bodegón y á sobaquina de arriero, que no dejan duda de que el autor de *El Español*, si ha estado alguna vez en España, ha encontrado entre nosotros alojamiento digno de tan profundo explorador de costumbres.

Recomendamos muy eficazmente á nuestros favorecedores la lectura del periódico *Le Monde illustré*, en cuyas páginas ve la luz este notable trabajo filológico-fisiológico-filosófico-figonesco, seguros de que han de encontrar en él sustanciosa doctrina y sabrosísimo entretenimiento.

Fernández Bremón, “Crónica general”, 30/11/1880: 314.

¿De dónde ha sacado *Le Voltaire* la noticia de que los *buenos madrileños* se preparan a festejar el centenario de Calderón con corridas de toros y caballos? Pero la noticia, tiene el inconveniente de ser pura invención: para invención, carece de ingenio. Nadie ha tenido la idea desdichada de proponer los espectáculos que cita el periódico francés, atribuyendo su idea propia al pueblo de Madrid. Este tiene recursos muy sobrados para hacer una fiesta grandiosa y española, si a ello se decide y no se pierde el tiempo, sin recurrir a corridas de toros: tiene artistas para dirigirlos que valen tanto como los de cualquier otro país, y les inspiran celos muy fundados: tiene centenares de magníficas comedias con que abastecer de asuntos todos los teatros de Europa, y tiene un cielo y una temperatura que serían, sin otros preparativos, un espectáculo para los honrados parisienses.

Cree *Le Voltaire* que somos los únicos que pensamos en toros y toreros, cuando en el mercado de cuadros de París se buscan estos asuntos con preferencia a otros más artísticos, y hay que pintar toreros para los delicados parisienses. Tranquilícese el colega. Si quisiéramos festejar a Calderón con espectáculos tumultuosos, reproduciríamos las escenas que ocurrieron hace poco en la cámara francesa, entre la guardia que arrestaba y los diputados que resistían a la guardia.

Marqués de Valle-Alegre, “Revista general”, 16/04/1872: 226.

Quien también comienza a recibir el castigo que tiene merecido, es el famoso pintor y *communard* Courbet, autor entre otras fechorías, del derribo de la columna de la plaza Vendôme. Los lectores saben o no saben que el 1º de Mayo debe inaugurarse la exposición anual de cuadros y esculturas en París, y que un jurado o comité compuesto de veinte artistas admite o desecha las obras que se someten a su fallo para presentarlas o no en los salones del palacio de la Industria.

Pues bien; Courbet envió al comité dos lienzos suyos que han sido rechazados, no por falta de mérito, sino por «indignidad del autor.»

Semejante exclusión fue confirmada dos veces por 18 votos contra 2: —los de MM. Fromentin y Kobert Fleury.

El ilustre Meissonnier ha motivado el suyo en los términos siguientes:

«Jamás consentiré en formar parte de un jurado que no atienda ante todo a la cuestión de honra. Debemos lanzar a M. Courbet de nuestro seno; considerarlo como muerto.»

Empieza, pues, la justa y tremenda expiación de los crímenes que hace un año asombraron a la Europa y al mundo.

## Fernández Bremón, “Crónica general”, 8/03/1878: 154.

Los que temían hiciesen en París mal papel los estudiantes españoles, se han equivocado: y es que no damos valor a lo nacional y característico, enamorándose de lo monótono y extranjero. Lo que hoy aplauden los franceses, ya no existe en realidad. Si la comisión de estudiantes se hubiera presentado en el traje con que asisten a las aulas, es decir, vestidos a la francesa, nadie hubiera reparado en ellos. París ha sancionado el tricornio y el mateo, relegado hace tiempo a los desvanes por antiguo y español. ¿Nos impondrá ese traje alguno de los figurines que vengan de Francia próximamente? Sería curioso que la ropa desechada por ser nuestra, nos la volviéramos a vestir por decreto de los sastres de París.

Cuando los estudiantes daban serenata a la redacción de *El Figaro*, que no ha podido estar más galante y española, uno de los escolares, según dice el periódico francés, bailó con frenesí una seguidilla. El éxito fue atronador. Sería curioso que se introdujesen las seguidillas en Mabilie, mientras se baila el can-can en Capellanes.

-¿No conservan VV. El traje de estudiante? Decía una francesa a unos españoles que estaban en la plaza.

-Sí, señora, respondió uno; pero sólo le uso en casa cuando tengo que repasar algún libro.

-Yo hace tiempo que colgué los manteos, repuso el otro.

-¡Ole! ¡Ole! Dijeron al oír templar las guitarras en la plaza aquellos españoles.

-¡Ole! ¡Ole! Gritó en pueblo de París.

Y allí dijeron ¡ole! hasta los gendarmes.

Fernández Bremón, “Crónica general”, 15/04/1878: 234.

La venta en París de las principales alhajas pertenecientes a S.M. la Reina madre ha dado ocasión a ciertos periódicos franceses para hacer suposiciones ofensivas a la Reina y a la señora, de que protesta enérgicamente la prensa monárquica de España. Aunque aparezca en un periódico francés la malévola indicación de que esas joyas pertenecían a la Corona y no eran propiedad particular de D<sup>a</sup> Isabel de Borbón, la calumnia no tiene trazas de haberse elaborado en la redacción de esos periódicos. ¿Qué rencor la habrá engendrado?

Doña Isabel II ha hecho tantos beneficios, que no es extraño tenga muchos enemigos, porque los beneficios, cuando recaen en personas de alma noble, se transforman en gratitud, y sembrados entre gente de ruin corazón, se convierten en odios y calumnias. Se acusa á los periódicos con excesiva ligereza, pues sus anchas y abiertas hojas, mezcla variada de bueno y malo, son con frecuencia álbum en que se desahogan las pasiones ajenas con misteriosa habilidad. Apartemos la vista de tales desahogos.

Los periódicos rara vez suelen ser lo que toma al pie de la letra el lector cándido. Detrás del periodista se esconde á menudo un espíritu invisible, que logra el provecho de la odiosidad que aquél contrae. No se sabe leer un periódico mientras por lo escrito no se adivina bien lo que no dice; si entre la miel del elogio no se aparta el veneno que contiene, y si no se distingue el interés privado tras la pantalla del bien público.

Fernández Bremón, “Crónica general”, 22/06/1880: 398.

Mr. Wolf, el elegante articulista del *Fígaro*, no ha podido ver con calma que un norte-americano haya comprado en cerca de treinta mil duros el cuadro del pintor español Villegas titulado *El Bautizo*, y atribuye a especulación de los traficantes en objetos de arte los enormes precios que adquieren en el mercado de París las pinturas de artistas extranjeros, que de vez en cuando aparecen en la capital que se vanagloria de ser la reina del buen gusto, y en la cual producen esas obras profunda sensación. Pero el artículo del ilustrado periodista deja descubrir, entre lo que parece una convicción puramente artística, un sentimiento ajeno al arte, el del orgullo nacional herido por la boga que alcanzan hace tiempo en el gusto del público los pintores españoles, que hacen a los de Francia verdadera competencia. Sin disputar acerca del mérito de un cuadro que no hemos visto, se puede desde luego advertir al crítico francés que el pintor Villegas, discípulo de Fortuny, está muy lejos de ser un pintor desconocido que se haya revelado a los inteligentes en un abrir y cerrar de ojos. Hace tiempo que su maestro reconoció el indisputable talento del artista, que tenía en Roma una reputación tan digna de respeto como las que se conceden en París, a donde van los talentos más privilegiados de la Europa artística, no á recibir lecciones, sino a darlas.

Fernández Bremón, “Crónica general”, 15/05/1879: 314.

Carolina Civili vuelve a la escena madrileña después de una ausencia que hemos lamentado, pero que ha favorecido a los teatros de provincia: el teatro de Apolo está de enhorabuena.

El placer, sin embargo, será corto, pues la inspirada actriz sólo dará un número limitado de funciones, por estar la estación muy adelantada. Pero esta reaparición es acaso precursora de una estancia más larga, que permitiría a nuestros autores utilizar sus grandes facultades, su inspiración y su talento.

Si Carolina Civili no fuese una gran actriz, sería siempre notable por la perfección con que ha sabido apoderarse de nuestro idioma y hasta de sus dialectos, porque ha trabajado en comedias valencianas: acojamos con el afecto que merece a la eminente actriz, que ha venido a honrar nuestro teatro.

Todos nosotros somos españoles involuntariamente, porque la naturaleza nos ha dado nuestra patria: Carolina Civili tiene, como española, mayor mérito; tenía otra patria, y la ha dejado por España.

(J. Nombela, “Crónica”, 25/09/1870: 322.

Rotos los vínculos de la sociedad, la revolución se ingiere por todas partes y triunfa en Francia, y triunfa en Italia, y triunfa en España.

Los tronos caen, las pasiones se desencadenan, las conspiraciones se suceden, el socialismo nace al calor de una fórmula de Proudhon, la religión se debilita y se extingue, la sed de goces se apodera de la humanidad; la Francia, corazón y cerebro del mundo civilizado, recibe el segundo imperio; y Napoleón, para hacer olvidar su advenimiento, ofrece a su pueblo una continua orgía.

En la locura, en el delirio, los goces se apuran, las exageraciones triunfan, se embriagan los soldados con las batallas de Crimea y de Italia, se embriagan los filósofos con las blasfemias de Renan, se embriagan los ociosos con el escepticismo de las novelas de Jorge Sand, con el materialismo de las de Flaubert, con el idealismo del vicio de las de Dumas, hijo, se embriaga la juventud con el Can-Can, y los placeres asquerosos de la *Clausserie de Lilas*, de la *Patte du Chat*, se embriagan las masas con las utopías del derecho al trabajo, con las emociones de las huelgas, con los absurdos del socialismo; todo es orgía. Todo es fiebre, todo es delirio...



Fernández Bremón, “Crónica general”, 22/01/1881: 42.

Cada vez nos parece más exacto y humano el célebre cuento de Alfonso Karr, que repetiremos por si algún lector no le conoce:

Dos revolucionarios franceses naufragaron y fueron a parar a una isla deshabitada. Sin discusión ninguna establecieron el Gobierno popular; y después de muchos debates, uno de ellos fue elegido presidente, y el otro hizo de pueblo. A los pocos días, el que hacía de pueblo se sublevó, acusó al representante del poder, le condenó á muerte, le guillotínó, y cogiendo entre sus manos la cabeza de su examigo, se la mostró al pueblo para escarmiento de tiranos, apoderándose del poder: aquel ejemplo restableció la tranquilidad en la isla durante una semana. Pero el revolucionario, descontento de su propio gobierno, levantó barricadas contra sí mismo, se acusó, se condenó á muerte, se cortó la cabeza y se la enseñó después al pueblo.

Esto harán consigo mismos los nuevos demagogos.

## Marqués de Valle-Alegre, “Revista general”, 1/01/1873: 5.

Si la política *chôme* en Francia, no sucede lo mismo con la moral, que cada día nos da nuevas muestras del deplorable estado en que se encuentra.

Un gobierno verdaderamente previsor e ilustrado debería dedicarse a perfeccionar la educación, base eterna de las buenas costumbres. Eso es lo que no han comprendido ni practicado los que se han sucedido en Francia durante el imperio de Napoleón III, y ahora se aprecian y se tocan los funestos resultados de tamaña negligencia.

Cada día los diarios parisienses nos cuentan escandalosas historias de crápula y libertinaje; cada día nos traen detalladas descripciones de crímenes misteriosos, de asesinatos horribles, de suicidios inexplicables.

Ya es un mando que da muerte a su mujer porque la encuentra en casa del amante; ya es un criado que envenena a su amo para robarle sus riquezas; ya es por último, un joven, favorecido con los dones de la fortuna, que se suicida al verse abandonado por una cortesana abyecta y despreciable.

Quién no ha oído hablar de Cora Pearl, que ha tenido la audacia de publicar sus memorias; que ha aspirado a todas las celebridades, que se ha complacido en todas las infamias. Ella es la heroína que ha hecho fijar sobre sí las miradas de la Europa entera; ella, en fin, ha tenido la gloria de que M. Duval se levante en su presencia la tapa de los sesos, desesperado porque prefería a otro hombre más rico y más feliz. Tal ha sido la impresión producida en aquella capital por este inaudito suceso, que el gobierno ha expulsado de Francia a Cora Pearl, la cual habrá emigrado a Inglaterra, su país natal, a hacer ostentación de su opulencia y de su fausto, debidos a medios tan vergonzosos y tan criminales.

## E. Martínez de Velasco, “Revista general”, 24/03/1872: 178.

Un hecho muy notable ocurre actualmente en Francia.

Los ilustres escritores que forman la vanguardia de la revolución intelectual, esos corifeos de los *libres-pensadores* de todo el mundo, ejecutan en estos instantes un movimiento de retroceso.

La horrible y desgraciada guerra de 1870, y el reinado, más horrible todavía, de la *Commune* en París, ha venido a ser el camino de Damasco, digámoslo así, de los apóstoles del libre pensamiento.

Como si ellos también hubiesen oído aquella voz tonante y milagrosa: [ilegible]... Nosotros pensamos ahora, sometiéndonos dócilmente á la verdad, que la bancarrota de la revolución francesa es un hecho cumplido, irrevocable.

En 1848, teníamos aún bastante fe en nuestros principios, para encolerizarnos contra los insensatos que los comprometían: hoy, la adhesión que nos inspiran esos mismos principios, se asemeja bastante al embarazo que sentimos por no saber con cuáles otros reemplazarlos, y a la vergüenza de confesar que nos han engañado.

De cualquier manera que se considere, el aborto ha sido completo: el hijo que la revolución ha dado al mundo, mamando con la leche de su madre un virus venenoso, muere con lo que le ha hecho vivir, y vivió con lo que le hace morir...

La bancarrota de la revolución francesa — frase escrita en la *Revue des Deux Mondes*, órgano el más autorizado, y con justicia, de los librepensadores— encierra una idea que ni el mismo conde de Maistre, llamado por algunos intolerante ultramontino, se hubiera atrevido a apuntar.

Al mismo tiempo que la *Revue des Deux Mondes* proclamaba, en términos tan enérgicos, el aborto de la revolución, M. Renan, el impío autor de *La vida de Jesús* escribía su libro sobre la *Reforma intelectual y moral*, y declaraba sin rebozo, después de señalar las faltas, los errores y los crímenes de los innovadores de 1792 y de los revolucionarios de 1792, que la supresión de la monarquía fue un verdadero suicidio para la Francia.

Impresionado también por los sucesos citados, M. Littré, el profeta y apóstol del positivismo, comenzaba la interminable serie de sus *retractaciones*.

«Algunos — dice — creyeron que la proclamación de la república el 4 de Setiembre ejercería cierta influencia sobre los planes preconcebidos por los prusianos; pero no ejerció ninguna. Otros piensan que la duración de la república producirá un efecto considerable en la opinión y en la política europeas; mas esto hubiese sido verosímil en el periodo que comienza en 1815 y ha terminado en 1870: hoy no lo es.

Se ha contado con los pueblos y con los gobiernos, pero no con las razas.

¿Qué resultará de la intrusión de este nuevo elemento, en pugna con las evoluciones naturales de la civilización?

Este es el problema de solución más próxima, el que más interesa a Europa, el que convierte, su magnitud, en problemas secundarios, ya las agitaciones del socialismo, ya el establecimiento de la república en Francia ».

Otro más, M. Vacherot, el metafísico de la democracia, el excomulgado por los republicanos, tratado por Gambetta de *pauvre homme* en *La République Française* responde al ex-dictador, no sin profunda melancolía, que él se apresurará a abrir los libros filosóficos el día en que la situación de la patria le deje en libertad para pensar en otra cosa que en su salvación.

## R. Sepúlveda, “Revista general, 8/11/1875: 283

Nuestra vecina Francia, la nación invasora, aguerrida, que pretendió ser el cerebro de la humanidad, como aseguraba modestamente Víctor Hugo, es hoy una república asendereada, que sólo brilla en el mundo con los resplandores de su antiguo imperio, como brillan, sin fascinar, las piedras falsas (...)

Este ha sido nuestro defecto. Copiar lo malo y desdeñar lo bueno. Francia nos ofrecía placeres nuevos, sibaritismos refinados, frivolidades excéntricas, y hemos dado carta de naturaleza a todos esos extravíos, sin ver que también nos íbamos extraviando del camino de la verdadera civilización.

Alemania, en cambio, más sosegada, menos vocinglera, ha sabido formar sus hombres y sus costumbres en un molde mejor, y en muy poco tiempo ha logrado extender por los ámbitos del mundo su influencia avasalladora, haciéndonos aplaudir su poesía, su música, su organización militar y discutir seriamente su filosofía. No afirmo con esto que yo me halle conforme con todas las manifestaciones que constituyen el modo de ser de Alemania. Lejos de eso, ni acepto su filosofía, jerigonza domiciliada en múltiples escuelas, que no practican lo que enseñan, ni estoy conforme con su religión militante.

Esto no obsta para que sostenga que en ciencias, en artes, en austeridad de costumbres, en talento, y, sobre todo, en vigor físico y moral, nos aventajan a los latinos los hombres del lado de allá del Rhin.

## García Cadena, “Revista general”, 8/07/1874: 498-499

Entre los viajeros que estos días recorren el mundo, ninguno ha excitado en tan alto grado la curiosidad como tres mujeres que han aparecido recientemente en las calles de París vestidas con pantalón de zuavo, paletó gris con pasamanería negra y gran sombrero chambergo. Una de ellas se llama Miss Walker; es profesora de medicina, y ardiente partidaria de la emancipación de su sexo. Es americana, tiene cincuenta años, y se dirige a Turquía a ocupar, según parece, la plaza de médica en el serrallo del sultán.

¡Incauto príncipe! No le damos la enhorabuena por la elección. ¿A quién se le ocurre meter en un serrallo a una emancipadora de mujeres?

Precisamente en estos últimos días las ideas de Miss Walker han conseguido un señalado triunfo en el terreno de los hechos. El consejo de Schwyz, uno de los cantones católicos de la confederación Helvética, acaba de decretar por una ley especial la concesión del derecho electoral y de elegibilidad para los cargos del municipio en favor de las mujeres.

Esta reforma, que habrá llenado de soberbia a todas las Miss Walker del mundo, ha sido llevada a cabo por el cantón más ultramontano de Suiza. Sus consecuencias son incalculables.

Si la estadística local arroja constantemente una diferencia de población en favor del bello sexo, en Schwyz puedo llegar á perderse el tipo masculino de la autoridad municipal.

Una palabra, antes de concluir, a nuestras bellas compatriotas:

Sabemos que entre vosotras no habrá ninguna que quiera llevar sobre sus hombros, *auctoritate propria*, el peso de la alcaldía.

En España la alcaldía es pícaro oficio para vosotras. Hay carlistas y bandidos.

Pero sabemos también que siempre que alguna de vosotras, sin necesidad de leyes especiales ni de conquistas revolucionarias, se empeñe en ser tan alcaldesa como la suiza más pintada del cantón de Schwyz... se casará con un alcalde.

Para ella será la vara: los varapalos para su marido.

En esto consistirá eternamente vuestra fuerza .

## Fernández Bremón, “Crónica general”, 22.01/1881: 42

Dicen los periódicos que Luisa Michel, la original revolucionaria parisiense, se lanzó a la política llevada por el amor. No es éste el primer caso de mujeres a quienes el amor ha hecho perder la cabeza.

No sabemos esa historia, ni aun cuando la supiéramos, nos ocuparíamos de un asunto que sólo importa a los interesados. Pero discurrendo en general, y para que no cunda el ejemplo, diremos a las damas que nos parece malo el procedimiento para atraer a los hombres. No hay enamorado que conserve su pasión cuando su dama se convierte en un correligionario.

Por lo demás, el caso de esa célebre señora demuestra que es imposible la emancipación de la mujer, pues la que representa la suprema libertad sufre la tiranía del amor.

Los que atribuyen la elocuencia de madame Michel a la exaltación de su espíritu impresionado no están en lo cierto. Hay muchas señoras que hablan bien.

Lo difícil es encontrar mujeres que callen.

## García Cadena, “Revista general”, 8/07/1874: 498-499.

Entre los viajeros que estos días recorren el mundo, ninguno ha excitado en tan alto grado la curiosidad como tres mujeres que han aparecido recientemente en las calles de París vestidas con pantalón de zuavo, paletó gris con pasamanería negra y gran sombrero chambergo. Una de ellas se llama Miss Walker; es profesora de medicina, y ardiente partidaria de la emancipación de su sexo. Es americana, tiene cincuenta años, y se dirige a Turquía a ocupar, según parece, la plaza de médica en el serrallo del sultán.

¡Incauto príncipe! No le damos la enhorabuena por la elección. ¿A quién se le ocurre meter en un serrallo a una emancipadora de mujeres?

Precisamente en estos últimos días las ideas de Miss Walker han conseguido un señalado triunfo en el terreno de los hechos. El consejo de Schwyz, uno de los cantones católicos de la confederación Helvética, acaba de decretar por una ley especial la concesión del derecho electoral y de elegibilidad para los cargos del municipio en favor de las mujeres.

Esta reforma, que habrá llenado de soberbia a todas las Miss Walker del mundo, ha sido llevada a cabo por el cantón más ultramontano de Suiza. Sus consecuencias son incalculables.

Si la estadística local arroja constantemente una diferencia de población en favor del bello sexo, en Schwyz puedo llegar á perderse el tipo masculino de la autoridad municipal.

Una palabra, antes de concluir, a nuestras bellas compatriotas:

Sabemos que entre vosotras no habrá ninguna que quiera llevar sobre sus hombros, *auctoritate propria*, el peso de la alcaldía.

En España la alcaldía es pícaro oficio para vosotras. Hay carlistas y bandidos.

Pero sabemos también que siempre que alguna de vosotras, sin necesidad de leyes especiales ni de conquistas revolucionarias, se empeñe en ser tan alcaldesa como la suiza más pintada del cantón de Schwyz... se casará con un alcalde.

Para ella será la vara: los varapalos para su marido.

En esto consistirá eternamente vuestra fuerza.

## Fernández Bremón, “Crónica general”, 22/03/1880: 178.

Desde que escribió Eugenio Sué *El Judío errante* son los jesuitas para el vulgo una Asociación de hombres hipócritas y avaros, conspiradores perpetuos y partidarios del oscurantismo; en sus colegios se enseñan el fanatismo y la doblez; la Compañía de Jesús es el ejército sagaz que tiende a la dominación universal, difundiendo la superstición y la ignorancia: Mr. Rodin es el tipo de sus individuos, y la Asociación, una Compañía anónima y tenebrosa que infunde espanto. Perseguir a los jesuitas es el deber primero de la libertad y de la ilustración.

Parece increíble lo que arraigan en el ánimo de los hombres ciertas vulgaridades. Ello es que fueron expulsados de Francia, España y Portugal, en el siglo pasado los jesuitas, por suponerseles enemigos de la monarquía, y ahora se les expulsa de Francia juzgándoles enemigos de la República, sin probar aquella ni esta acusación, y dándose el espectáculo, cada vez que se decretan estas expulsiones, de arrojar del país, sin formación de causa, juicio ni defensa, a hombres eminentes en las ciencias y en las letras, verdaderos sabios y sacerdotes virtuosos.

La preocupación es tan general, que cuesta trabajo decir estas verdades sin incurrir en censura pública o hacerse sospechosos de afiliación en la perseguida Compañía, aun a quienes, como nosotros, jamás hemos abdicado nuestra libertad en asociación de ningún género. Y, sin embargo, es preciso no ocultar que esas persecuciones son injustas e impropias de la cultura. Los colegios de jesuitas son centros de ilustración; su profesorado es excelente; de sus clases salen hombres de todas opiniones, y como no se les culpe de inculcar en sus discípulos el sentimiento católico, lo cual no esconden de nadie, no sabemos qué cargo fundado y concreto pueda hacerseles, que merezca privarlos del agua y del fuego, convirtiéndolos en los parias de la libertad.

Creemos que el espíritu moderno ha desterrado muchas preocupaciones, pero que ha creado otras supersticiones en cambio. Oprimir en nombre de la libertad es ridículo: desterrar sabios y cerrar colegios en nombre de la ilustración es absurdo: proclamar derechos cuando se priva de ellos a los que se supone adversarios es incomprensible.

Dígame a lo menos francamente. La libertad de todos es un sueño: sólo la obtienen los que vencen. Y en ese caso, diremos, inclinando la cabeza: Esa es una verdad de todos los siglos, que era ya vieja en el mundo cuando dijo Breno, arrojando su espada en la balanza: “¡Ay do los vencidos! “



Fernández Bremón, “Crónica general”, 30/08/1878: 118.

La piedad tiene también fronteras y habla diversos idiomas.

-Ustedes disimulen, nos dice uno de los aragoneses que han guiado los mulos por la sierra. ¿Van VV. A visitar a Nuestra Señora de Lourdes?

-Sí, señor.

-¿Alguna promesa, no es verdad?

-Hay parte de curiosidad y parte de devoción.

-Es buena Virgen. Pero, ¿han estado VV. En Zaragoza?

-Y hemos rezado a Nuestra Señora del Pilar.

-Pues... está todo dicho: créanme y se evitaban algunos gastos: lo que aquella no haya hecho no lo hará la de Francia. La virgen del Pilar, tratándose de españoles, hace todo lo que puede, y sin ningún interés.

## Fernández Bremón, “Crónica general”, 8/09/1878: 134.

Mientras el vicio se ofrece a los extranjeros en sus más seductoras fases, también la propaganda católica hace frente con valor a sus enemigos: apenas pasa día sin que se detenga en la estación de Lourdes alguna peregrinación que acude procesionalmente á la gruta de la Virgen. y sube á la riquísima basílica entonando himnos en loor de la Inmaculada Concepción: hace veinte años era Lourdes un poblachón abandonado, y las rocas Massabielle, en cuya cueva vio diez y ocho veces á la Virgen la niña Bernardeta Soubirem, eran una masa informe de granito; toda la cristiandad ha visto en fotografías y grabados el templo soberbio erigido sobre la roca y tapizado en su interior de estandartes dejados por los peregrinos de todas las naciones, desde Irlanda hasta el Japón, desde el Canadá á Turquía, con sus lemas bordados en todos los idiomas: el bastón y el coche del tullido, las charreteras y las cruces del militar, la toga del letrado, colgados en la peña de la gruta ó en las paredes de la iglesia, dan testimonio de los favores otorgados por la Virgen ó del fervor que inspira su culto á los devotos. *L'Univers* consigna seis curaciones de carácter milagroso en el mes ele Agosto , y si bien creemos sin duda alguna en los milagros, pues no existe en el mundo nada cuyo principio se explique naturalmente, como en el curso ordinario de los sucesos es una excepción muy poco frecuente, aun á juicio de las personas más propensas á creer en lo maravilloso, que se alteren las leyes naturales, conviene no dejarse llevar del entusiasmo, tomando siempre por milagro lo que puede explicarse de otro modo. Los que exigen constantemente prodigios y curaciones repentinas á la Virgen, tienden sin gran criterio á intentar que haya dos vidas : una sobrenatural y privilegiada para los devotos, y otra real y ordinaria para los demás, lo cual no ha sucedido nunca. Bueno es creer que la salud y los demás bienes terrestres están a la merced de Dios, que los da y quita según su santa voluntad: pero no es malo recordar que dando excesivo valor al bienestar en la tierra, se muestra poca conformidad hacia los males con que nos prueba Dios en esta vida, y esa impaciencia por curar las dolencias físicas no es el mejor estado de ánimo para pedir favores, que la resignación acaso pueda conseguir. (...)

Las peregrinaciones, como actos de devoción y penitencia, merecen el respecto, no ya de los católicos, sino de todo pensador a quien no indigne que el hombre crea en algo. Bien es cierto que los más despreocupados suelen caer en mayores preocupaciones, sustituyendo, por ejemplo, las creencias católicas con la superstición de Voltaire o el culto de Mr. Thiers, que tienen sus devotos y sus peregrinaciones, aunque no tan grandiosas como la musulmana que se ha verificado en Egipto, y que ha reunido este año medio millón de creyentes, ni tan amenas, pues la de Mr. Thiers ha tenido la forma de un funeral político, y la egipcia es en el fondo un mercado de mujeres.

## Marqués de Valle-Alegre, “Revista general”, 8/01/1872: 18).

Casi más que los detalles políticos han llamado la atención en París las elecciones para cuatro puestos vacantes en la Academia francesa, por muerte de MM. Montalembert, Yillemain, Prevost-Paradol y Merimée.

A pesar de las antiguas y modernas sátiras contra aquella corporación respetable; a pesar de que ya en tiempo de Pirón se compuso el epitafio burlesco que dice:

*Ci git un homme qui ne fut rien,  
pas même Académicien.*

A pesar, en fin, de las diatribas diarias de los periódicos contra los cuarenta inmortales, lo cierto es que siempre se considera un acontecimiento cualquiera elección nueva.

¿Qué no sería ahora que se trataba de cuatro? Nombres ilustres, entre ellos los del duque de Aumale y los señores Littré, Saint-René Taillandier, de Viel-Castel, Rousset, Mary Lafon, de Lomenie, de Mazade y About.

Ya en 1865 se había presentado á la docta Asamblea la candidatura de Mr. Littré , autor de un Diccionario de, la lengua francesa , muy estimado y conocido; y ya entonces le hizo una vigorosa y terrible guerra el ilustre prelado Monseñor Dupanloup, saliendo vencedor en lucha: ahora se ha repelido lo propio, y ha quedado vencido el señor obispo de Orleans...

Los motivos que éste tenía en 1865 como en 1871 para oponerse á la entrada de aquél en la Academia, no era la falta de merecimientos literarios, sino la de principios religiosos. —Mr. Littré es ateo, y como tal no debía ingresar en un cuerpo que siempre ha sido igualmente defensor de la fe cristiana que de la pureza de la lengua francesa.

Así, monseñor Dupanloup ha hecho esfuerzos desesperados y heroicos para impedir que se verificase semejante elección, habiendo publicado una nota (*sic*) dirigida á sus colegas en que manifestaba las razones que en su sentir existían para oponerse á ella".

Fernández Bremón, “Revista general”, 15/07/1876: 18.

El buen ejemplo de María de la Peña, al traducir otro opúsculo de Monseñor Dupanloup, ha sido seguido por una dama perteneciente a la misma distinguidísima familia, en la cual el talento parece contagioso. Conocíamos la discreción y virtudes de la esposa de nuestro antiguo compañero en la prensa, Sr. Frigola, desertor del periodismo, pero no sospechábamos sus aficiones literarias: grata ha sido la sorpresa al leer la traducción de *El Matrimonio cristiano*, suscrita por la simpática baronesa del Castillo.

Traducir bien es muy difícil, porque consiste en expresar con facilidad, elegancia y corrección lo que otro piensa en un idioma extraño; y nos encontramos de repente, sin preparación alguna, con que la baronesa del Castillo es una excelente traductora.

## Fernández Bremón, “Crónica general”, 15/10/1878: 214.

El clero francés, la Iglesia católica, el pulpito, la filosofía y las letras han perdido un prelado ilustre, un sacerdote virtuoso, un gran orador, un pensador profundo, un escritor eminente. Ha muerto el obispo de Orleans, Monseñor Feliz Dupanloup, una de las inteligencias más claras de este siglo, en cuyo año segundo vio por primera vez la luz, en San Feliz, aldea de Saboya. Su biografía puede condensarse en pocas líneas: nació el 3 de enero de 1802; fue ordenado en 1825, y nombrado vicario de la Magdalena; en 1834 predicó en nuestra Señora de París, colocándose a la altura de los mejores oradores de Francia; en 1835 le nombraron superior del Seminario de San Nicolas; en 1849 fue preconizado obispo de Orleans, y consagrado en París el 7 de diciembre, falleciendo al frente de su diócesis el 11 del corriente, a los setenta y seis años de edad. Este extracto de su vida oficial no da idea ni del valor, ni de la pasmosa actividad del célebre comentador del *Syllabus*, cuya vida, consagrada al cumplimiento de sus deberes eclesiásticos, a la defensa de la Iglesia, a la enseñanza y a la propaganda católica, ha sido un combate intelectual de medio siglo. A pesar de su edad avanzada, su muerte ha sorprendido; aquella naturaleza vigorosa no parecía aún próxima a sucumbir; si su voz sonora se había debilitado, y su elevada estatura se empezaba a encorvar con el peso de los años, su pensamiento se mantenía erguido e imponente. Sus escritos, traspasando las fronteras, ilustraban las cuestiones arduas del catolicismo, suavizando exageraciones, buscando fórmulas conciliadoras entre los creyentes desavenidos; en cambio, atacaba enérgicamente la impiedad en todas sus formas con el brío del más acerbado polemista; su reciente impugnación de los honores hechos a la memoria de Voltaire prueba la virilidad de espíritu que ha mantenido hasta los últimos momentos de su vida.

*La exposición de las verdades de la fe católica, El cristianismo explicado a los hombres de mundo, Elementos de Retórica sagrada, La verdadera virtud sacerdotal, La pacificación religiosa, Tratado de educación, Panegírico de Juana de Arco, Soberanía del Pontífice, Alta educación intelectual, El matrimonio cristiano*, traducido en 1876 por María de la Peña, e innumerables folletos, oraciones fúnebres, pastorales y artículos doctrinales o de controversia demuestran la fecundidad de su inteligencia; fatigaba, dictándolos simultáneamente, a muchos secretarios. En el púlpito, cuando su voz tenía fuerza, y en su despacho hasta el momento de morir, fue un atleta de la palabra y de la pluma.

Todavía joven, asistió en sus últimos momentos al príncipe Talleyrand, el más pecador de los obispos y el más escéptico de los hombres, al que absolvió después de oír su importante y, sin duda alguna, horrible confesión. Era Monseñor Dupanloup hombre de costumbres sencillas: le gustaba reunir en su palacio algunas noches a obreros y gentes humildes; cuidaba mucho de la enseñanza religiosa en toda su diócesis; revisaba escrupulosamente sus escritos hasta dejarlos correctísimos, y fue también gran periodista. La opinión le proponía hace tiempo para la púrpura cardenalicia, y acaso hubiera obtenido tan alta dignidad a no haberlo impedido la muerte inesperadamente. Deja una vacante en la Academia francesa y otra en el Senado.

La posteridad incluirá su nombre entre los primeros escritores católicos del siglo XIX.

## Fernández Bremón, “Crónica general”, 8/06/1878: 362.

¿Tan poca importancia concede V. al centenario de Voltaire, nos escriben, que no le dedica siquiera algunas líneas?

Contestaremos en pocas palabras al anónimo.

Voltaire escribió tanto, desde Voltaire acá se han discurrido tantas cosas que nos interesa conocer más que las obras del filósofo, que no nos avergüenza esta franca confesión:

No le hemos leído.

Algunos se asombrarán probablemente: tal vez conozcan de Voltaire los epigramas y las frases que ruedan hace tiempo por el mundo y han llegado también a nuestro oído. Tenemos la seguridad de que la mayoría de las gentes aplaude a Voltaire sin conocerle, pues no le conocemos habiendo leído algunas de sus obras. No se conmemora, pues, a Voltaire por sus escritos, sino por sus tendencias: ¿y había necesidad de hacer fiesta especial cuando se celebran éstas diariamente? Comprendemos que en Voltaire se personifica el escepticismo, que demuele la moral establecida, y no tomamos parte en la alegría; dado el ejemplo, ¿qué sistema nuevo, ni que moral no caerá a tierra ante la risa popular?

(...) Pero si es una personificación, o sea un ídolo nuevo, el que se hace adorar al pueblo, ¿no tenían otro personaje más simpático que el *Mono de Satanás*, como le llamaba en otro tiempo Víctor Hugo? Al fin y al cabo, sólo el pueblo ignora que Voltaire era un cortesano adulador de las queridas de Luis XV, que despreciaba a la *canalla* y a su patria, deshonoraba la memoria de una pobre muchacha muerta en la hoguera y santificada por el tiempo, y se burlaba de la castidad de su propia madre.

Por mucho oro que haya en las obras de Voltaire, que no hemos leído, estas y otras escorias les quitan todo su valor.

(...) Voltaire hizo tragedias, novelas, historias, poema heroico, parte del diccionario, escribió libros, artículos y cartas de todo género, sin dejar, según sus biógrafos, ninguna obra maestra.

Recorre estos días las calles de Madrid un hombre que toca a la vez cinco o seis instrumentos, y ninguno con maestría.

Así debió ser Voltaire, pensábamos mirando al músico: tocaba una orquesta completa, e hizo más ruido del que suele hacer un hombre solo.

## Fernández Bremón, “Crónica general”, 15/06/1878: 386.

Sr. D. Joaquín Arnau e Ibáñez:

Mi ilustrado y digno compañero: La cortesía con que refuta V. en su carta inserta en *El Globo* el suelto que dediqué a disculparme de no haber hecho coro a los admiradores de Voltaire, hace necesaria una explicación más bien que mi defensa. No sostendré polémica acerca de aquel escritor famoso, que tiene, según Cantú, mucho de Luciano, y a mi entender, algo del Aretino: la razón es muy obvia: habiendo confesado que no le he leído, mi opinión era un juicio tímido y sin autoridad, y al discutir con V. tendría la desventaja de no conocer a fondo al escritor que V. ha estudiado detenidamente, según creo. Si, por el contrario, V. se defendiese por referencia, nos hallaríamos en el caso de aquellos caballeros que se batieron a muerte en defensa respectivamente del Tasso y Ariosto, sin haber leído a ninguno de los dos poetas. Por otra parte, para modificar la opinión en que condenso los ataques despreciativos y los elogios incondicionales de que ha sido objeto Voltaire en todos tiempos, y recientemente en la prensa europea, necesitaría leer todos sus tomos, tarea superior a mis fuerzas, y que me daría el pobre resultado de tener acerca de aquel filósofo una opinión enteramente propia, que acaso nadie aceptaría. Mi juicio no es exclusivamente personal, es el término prudente que mi razón me dicta entre tan diversas opiniones, ayudado del ligero examen de alguno de sus libros.

No tengo inconveniente en prescindir en absoluto del carácter privado de Voltaire. Como poeta, dícnos que sus odas fueron muy inferiores a las de Juan Bautista Rousseau: como trágico, aunque llamó al gran Shakespeare *bárbaro histrión*, ocupa el tercero o cuarto lugar en el teatro francés, siendo imitador de imitadores: como novelista, escribió para su época, y hoy no es leído, así como no se representan sus obras teatrales: quiso hacer una epopeya de la *Enriada* e hizo una historia rimada. De sus obras históricas dijo Schlegel “que perjudicó menos con su impiedad que con el falso espíritu que en la historia introdujo”; como filósofo no hizo sino compendiar las opiniones generales de su tiempo, siguiendo las corrientes y sin trazar sendas nuevas, como hacen los grandes pensadores: de ingenio agudo, de estilo epigramático y claro, sedujo a sus contemporáneos, y como escribió tanto y el estudio de sus obras es tan difícil, todavía su reputación es el eco de los aplausos de su tiempo. Fundado en esta creencia, manifesté una opinión humilde que no me parece exclusiva, sino ecléctica, entre la de los detractores y apologistas (...)

Confieso que su cita de Goethe me abruma y perjudica, porque ése era un gran hombre cuyo valor aumenta el tiempo. La sabiduría de Goethe me presta un argumento: para adquirir su inmensa instrucción necesitó grandes estudios; para componer sus notables, profundas y numerosas obras, mucho tiempo; la apología de Voltaire estaba hecha por su siglo y el eco de la fama

¿Leería Goethe las obras de Voltaire?

Dispense V. esta duda volteriana, la cual somete, no á discusión, sino á sus meditaciones reservadas, su compañero y servidor.

Marqués de Valle-Alegre, “Revista general”, 8/03/1874: 82-83.

El Conde de Waldeck trabaja más que nunca ahora, y va a publicar próximamente una obra en tres tomos, que imprimirá en casa del famoso tipógrafo Didot, con el título de *Enciclopedia de arqueología americana. Iconografía de las ruinas de Méjico y del Perú*.

Ya ha dado a luz otros dos libros llamados *Viaje arqueológico y pintoresco al Yucatán*, y *Monumentos antiguos de Méjico*, este último en 1805, y bajo los auspicios del ministerio de Instrucción pública.

Bien se inferirá que Mr. de Waldeck ha viajado mucho: en efecto, ha invertido veinte años en recorrer la América.

Así, sostiene que el nuevo mundo es el antiguo: que el que llamamos antiguo es el nuevo: en fin, que la civilización egipcia desciende de la civilización americana.

El centenario fue amigo de Camilo Desmoulins: conoció íntimamente a Robespierre; sirvió a las órdenes de Kleber en Egipto y de Bonaparte después.

Cuando habla de su muerte, manifiesta la mayor confianza en vivir todavía muchos años.

— He pasado, dice, de la edad en que el hombre muere. Ahora ya no hay razón para que mi vida se extinga. Mis estudios arqueológicos me hacen creer que he llegado á un estado de petrificación que puede durar siglos y siglos.



Marqués de Valle-Alegre, “Revista general”, 8/07/1874: 386.

Mis lectores recordarán que hace ya algunos meses se habló mucho de un dependiente de una casa de comercio de gran importancia, M. Lasseur, cuya garganta, era tal que le permitía en broma introducirse enteros objetos tales como un tenedor, verificando sus habilidades tuvo una vez la desgracia de tragarlo y no se halló medio de extraerlo del cuerpo del pobre hombre. Lo singular del caso fue que no le causaba, aparentemente, incomodidad alguna, y, vivió aunque sujeto á observación facultativa, largo tiempo sano y contento. Pero al cabo ha sucedido lo que era de temer, la descomposición del metal ha producido el envenenamiento, y el desgraciado ha muerto sufriendo los dolores más horribles. La prensa festiva de la capital agotó los chistes, las caricaturas, les *bons mots*, todo linaje de propósitos bufonescos á propósito del *hombre tenedor*, y éste, no obstante ha perecido de un modo desastroso. No es esta la primera vez que el público se ríe á pocos pasos de un cadáver.